

BOLSILIBROS
BRUGUERA

**CIENCIA
FICCION**

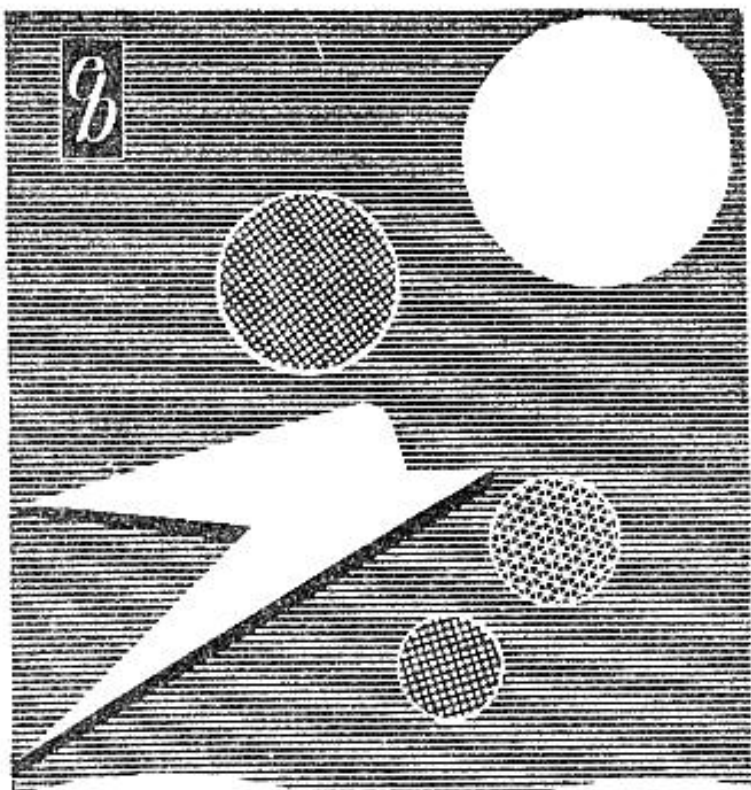
SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

LOS DESCENDIENTES

marcus sidereo

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

MARCUS SIDEREO LOS DESCENDIENTES

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 227

Publicación semanal Aparece lo» VIERNES



BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA
COLECCIÓN

- 222 — *El asteroide maldito*. Glenn Parrish.
- 223 — *El límite*. Marcus Sidereo.
- 224 — *Viaje a un extraño infinito*. Burton Haré.
- 225 — *Centuria-XXV*. Curtis Garland.
- 226 — *La cárcel azul*. Glenn Parrish.

ISBN
84-02-02525-0
Depósito
legal: B.
42.083 -
1974
Impreso en
España -
Printed in Spain
1.ª
edición:
diciembre,
1974
©
Marcus
Sidereo
-
1974
texto
© Miguel
García -
1974
cubierta

Concedidos derechos de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A Mora la Nueva,
2.
Barcelona
(España)

Todos los personajes y entidades privadas que
aparecen en esta novela, así como las
situaciones de la misma, son fruto
exclusivamente de la imaginación del autor, por

lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S, A. Mora la Nueva, 2 - Barcelona

*

1974

CAPITULO PRIMERO

La T-127 era uno de los doscientos uno planetas rodantes que había sido puesto en órbita cuando los recursos de la Tierra se extinguieron, a causa de la contaminación.

Las guerras, la desintegración del átomo y los aspectos negativos del superdesarrollo, agotaron las posibilidades terrestres.

Un siglo antes había tenido lugar el fin irremisible, y, como siempre, sólo los privilegiados habían sido elegidos para la perpetuación de la especie.

La Sociedad de Naciones —los países poderosos, se entiende— idearon la fabricación en gran escala de los planetas rodantes, flota de gigantescas naves capaces de albergar laboratorios, pequeñas fábricas, viviendas, zonas de recreo, estudios de cine y televisión, parques naturales, oficinas técnicas... En fin, todo lo necesario para que, dentro de cada una de ellas, fuera posible la vida en común.

El tiempo no dio más de sí, y sólo fue posible poner en órbita doscientas una naves, susceptibles a su propio engrandecimiento y desarrollo.

Cada una de aquellas naves podía ser ampliada con pequeños módulos fabricados en su propio interior. Las zonas verdes, aptas para la propagación de la especie animal y vegetal, igualmente podían engrandecerse, igual que el número de compartimentos para nuevas viviendas, puesto que, con el paso del tiempo, resultaba normal pensar en el crecimiento demográfico de la población.

La T-127, en su puesta en órbita, contaba con una dotación de treinta y siete personas, entre varones y hembras.

La estructura inicial de la nave, tenía una longitud total de trescientos veintiséis metros, con una anchura máxima de ciento dos, y contaba con veintiún departamentos aislados para cada uno de los usos propios para el desarrollo normal de una sociedad.

La T-127, como todas las demás —idéntica a sus hermanas—, contaba con un servicio de bóldos de emergencia para trasladarse a otra nave, si el caso lo requería.

Aun siendo mundos aparte, regidos cada cual por los diferentes jefes de cada actividad, en gobierno comunitario, cada nave-planeta podía solicitar auxilio y ayuda de las otras que formaban parte de la

flota.

Independientes y a la vez confederadas, las «T» llevaban un siglo en el espacio.

El desarrollo experimentado por cada uno, era visible por el número de nuevos compartimentos con que habían sido engrandecidos.

En un siglo, se había aumentado el número de habitantes de cada planeta rodante, había sufrido incremento la superficie de parques naturales; igualmente se habían engrandecido fábricas y laboratorios y, naturalmente, habían muerto personas.

De los originarios pobladores, ya no quedaba uno solo vivo, teniendo en cuenta que la edad media, incluidos los procesos de revivificación, alcanzaba los cien años.

Los puestos de mando habían ido relevándose y, con ellos, las técnicas habían avanzado.

Se celebraban constantemente nuevas uniones —matrimonios— y, en general, la población iba creciendo.

La T-127, de sus treinta y siete personas originarias, contaba en la actualidad ciento sesenta y seis habitantes, incluidos los niños, que, naturalmente, tenían sus escuelas.

La natalidad, controlada para el mejor desarrollo, permitía que el número de habitantes para cada planeta rodante fuera más o menos el mismo, salvo pequeñas diferencias normales.

Lo que sí marcaba la personalidad de cada planeta era su distinto crecimiento. Unos, por ejemplo, habían tenido mayor auge en el aspecto rural, otros se habían desarrollado más ampliamente en el sector científico. Y un caso insólito, el del T-44 se había destacado por la frivolidad.

Sí. Al siglo de puesta en marcha de los mundos rodantes, había surgido el vicio.

El T-44 era muy frecuentado por quienes querían evadirse de la rutina cotidiana, y eran más que frecuentes las escapadas de parejas jóvenes, que buscaban la diversión en el «mundo hermano».

No menos frecuente resultaba la concurrencia de hombres jóvenes, desaparejados todavía, que pedían mesa para los ininterrumpidos espectáculos que ofrecía el T-44, que además tenía a gala el poseer las más bellas hembras de aquellos mundos flotantes.

No faltaban quienes llamaran al T-44 el planeta de la corrupción.

Pero volvamos al T-127, que era el prototipo de lo que había sido la Tierra en casi todos los tiempos. Más o menos vulgar. Sus moradores, nacidos en el módulo rodante, poseían las mismas virtudes y defectos de quienes les precedieron.

El T-127 era una Tierra en miniatura. Pero, eso sí, una Tierra con todos los adelantos imaginables, y sin los problemas de épocas pretéritas. Cada cual tenía su trabajo, y unos trabajaban para los otros. Naturalmente, no existía la moneda. Se trabajaba en comunidad, cada cual en lo suyo, en beneficio propio y de los demás.

En el T-127 se estaba ultimando la construcción de una séptima planta, abovedada, como todas, destinada a laboratorio.

Los encargados, provistos de sus «caballos magnéticos», cabalgaban en el aire, montando las estructuras, salidas de la factoría, roscaban los tubos y abovedaban el nuevo recinto — ganado al espacio— mientras otros cubrían el piso.

Era un trabajo que reportaba un cierto peligro, ya que siempre existía la posibilidad del descuido. Una falsa maniobra podía «vaciar» el gas magnético, y entonces el «caballo» quedaría flotando en el aire.

Y ocurrió: el rubio operario sufrió un error y pulsó el silbido de

emergencia, mientras su cuerpo se perdía en el abismo.

Narbona, encargado de la vigilancia, llamó al equipo de salvamento:

—¡Atención! ¡Fénix en peligro! ¡Operación rescate! ¡Urgente, urgente! Los especialistas fueron soltados hacia el abismo.

Con una terrible velocidad de escape, avanzaron vertiginosamente hacia el caballo

Fénix, cuyo tripulante estaba a merced de la cavidad abismal del espacio.

Los especialistas pulsaron a tope el gas para alcanzar, cuanto antes, al perdido.

Aquella espectacular carrera, para un rescate en pleno espacio, no era la primera, aunque no todas pudieran ser coronadas por el éxito, ya que la cuadrilla de salvamento tenía una carga de gas limitada, y jamás podían pasar de la mitad, desde el momento de su lanzamiento hasta alcanzar al sujeto en peligro, porque precisaban la otra mitad para

el regreso a la nave.

En esa ocasión, la velocidad del rescatado era tremenda, y la persecución empezaba a prolongarse más de lo normal.

—Atención a la patrulla de rescate —informó Narbona, desde su control en la nave—.

Quedan cinco puntos. Acelerad al máximo.

El jefe de la patrulla respondió, a través del transmisor acoplado a la escafandra:

—Vamos al máximo. Le alcanzaremos en el punto 6 ó 7.

—¡Imposible! No podéis sobrepasar el punto.

—Prepara una segunda patrulla para que nos recoja.

—Tenemos deficiencia de existencias de gas.

—¡Vamos, Narbona! No seas tacaño. La vida de un miembro es más importante que el consumo de gas.

—¿Y si ocurre otra desgracia?

—No discutamos por una nimiedad... ¡Vamos! Prepara, de una vez, la segunda expedición.

La patrulla estaba ya prácticamente en el punto límite. En circunstancias normales, hubiesen debido regresar, pero Narbona accedió a preparar una segunda patrulla, y dejó que los de la primera gastaran mayor cantidad de gas de la permisible.

Poco después, Fénix era rescatado, y los patrulleros engancharon sus respectivos

caballos para arrastrar al siniestrado.

—No llegaremos. He ido demasiado lejos —dijo el que cabalgaba a Fénix.

—Narbona nos echará una mano —repuso el jefe de la operación rescate.

Los componentes de la nueva patrulla les alcanzaron, a menos de la mitad del camino, y les remolcaron hasta volver a la nave.

El jefe de la producción de materiales les estaba aguardando. Era obvio que Narbona acababa de recibir una buena reprimenda.

Con Shan Long —el jefe— se hallaban reunidos sus dos ayudantes.

—Han cometido una grave infracción, que no debe repetirse —advirtió. El jefe de la primera expedición respondió, en nombre de todos:

—La vida de Fénix estaba en peligro.

—Parece que han olvidado las normas que rigen nuestro habitáculo y, por ello, quiero recordárselas...

—¡Oh, Shan Long! No nos empiece a hablar de tiempos pasados —murmuró el jefe de la primera expedición, llamado Ulmer.

—No hay tiempos pasados en nuestro habitáculo, señores. Se vive en constante perfeccionamiento, y nuestra meta es regresar

algún día a la Tierra. Las normas no han variado. No pueden variar.

—¿No tiene valor, para usted, la vida humana, Shan Long?

—Tanta como pudiera tenerla para los que, hace un centenar de años, se quedaron en la Tierra, condenados de por vida.

—Ya empezamos...

—No, Ulmer. Treinta y siete personas por nave era el término medio. ¿Cuántos habitantes tenía la Tierra entonces? Ponga la computadora, y conocerá la cifra exacta de los que no tuvieron el privilegio de salvarse para perpetuar la especie. Un privilegio

presupone también unos deberes ineludibles. Ustedes no estarían aquí si sus abuelos no hubieran sido elegidos para la misión continuidad. Posiblemente, jamás hubiesen nacido y, de haberlo hecho, ¿en qué condiciones vivirían ahora? ¿Lo han pensado?

—De acuerdo, Shan Long —murmuró Narbona—, pero no se nos puede exigir que seamos perfectos. Los errores existen.

—A ninguno de los supervivientes nos es permitido cometer errores. Estos se pagan. Todo está previsto, incluso los salvamentos, pero si éstos no pueden realizarse en circunstancias normales, no podemos saltarnos las leyes. Los gases que han gastado en exceso pueden hacernos falta. Otros pueden pagar sus errores de hoy. Piensen siempre que un error humano es debido a una vacilación, a una falta de atención. Los que se equivoacan no nos sirven, son seres inútiles. Espero que no lo olviden.

Era todo lo que Shan Long tenía que decir. Les dejó en la sala, murmurando sobre la dureza de sus procedimientos y la inflexibilidad de su mente.

—Veríamos, si a su hijo le ocurriese algo parecido, lo que haría —murmuró uno.

—¡Sí! Los jefes siempre pretenden ser muy rectos con los demás, pero con los suyos aplican diferentes criterios. Yo sé que Ronnie va todos los días al 44. ¿De dónde sale el combustible que gasta?

Ronnie era el hijo de Shan Long, oficialmente adjunto de laboratorio, pero, en realidad, se le veía trabajar bien poco, y hacia él se dirigían las críticas.

—Lo que os digo. Gas para salvar a una persona no se puede gastar, pero para trasladarse al 44 sobra. Aquí, desde hace tiempo, algo no funciona bien.

—Habría que pensar en la renovación de cargos —murmuró Dober, amigo de Ulmer, y perteneciente a las patrullas de emergencia.

Narbona intervino:

—Ya sabéis que, de acuerdo con las leyes, esto no es posible. Los cargos se transmiten o se eligen por unanimidad, y no cesan si no es por voluntad del interesado o por incapacidad física.

—Alguien debería cambiar esas leyes. Esto ya no es la Tierra. Los que estamos aquí, hemos nacido aquí. Esto es otro mundo, un planeta artificial que se rige por normas anticuadas y caducas.

—El sistema no es malo —objetó Narbona—. Desde el primer

momento, se relegó el gobierno único para impedir el despotismo. Un jefe para cada departamento siempre es mejor.

—Pero el departamento productor de combustible no funciona bien —adujo otro.

—Hay varios departamentos que no van como debieran. El agrícola ha tenido problemas. Estuve hablando con Elliton, y me lo dijo —comentó otro.

—Y los parques públicos están descuidados —terció Dober.

—¿Y qué me decís de las investigaciones? —intervino Ulmer nuevamente—. Creo que pronto estaremos a la cola de los demás planetas hermanos. ¿Sabéis lo que os digo? Que deberíamos convocar una reunión. Tenemos derecho a que se nos explique cuál es la situación real de nuestro habitáculo.

—Para eso sería necesario contar con una mayoría de peticiones

—recordó Narbona.

—Haremos correr la voz —repuso Ulmer.

—De acuerdo. A partir de este momento, nos pondremos en contacto con los demás —

corroboró Dober.

Ninguno de los reunidos hubiese podido sospechar que, a través de uno de los muchos osciladores intermitentes, debidamente amañado, sus planes se filtraban a través de las ondas.

Las voces de aquellos amigos que deseaban lo mejor para su habitáculo llegaron hasta una pequeña cabina, en la cual un hombre joven cortó la transmisión que hasta aquel momento le había permitido informarse, y murmuró:

—Parece que no reina el contento, precisamente.

Una voz respondió:

—Cierto, Cino, y esto indica que las cosas comienzan a marchar. Cino sonrió, ante la sombra que tenía ante sí.

—¿Qué debo hacer, maestro?

—Nada, Cino. Nada, de momento. Ya te avisaré —repuso la voz grave y bien timbrada.

CAPITULO

II

En el T-44 reinaba la animación de todos los días. Los dieciséis compartimentos- espacios, dedicados a la diversión, se turnaban durante las veinticuatro horas que contaban los relojes para medir los días, muy distintos, en el Espacio, a como eran en la Tierra.

No existía el día ni la noche, sólo turnos de labor y turnos de ocio y descanso. En el T-44, ni eso. La fiesta era continua.

Ronnie, el hijo de Shan Long, era uno de los mejores clientes. El encargado y promotor de aquel Espacio de Vicio recibió personalmente a Ronnie.

—Amigo, espero que hayas traído lo que te pedí.

—Me ha sido imposible. Ultimamente, tenemos escasez de producción.

—Necesito cargas de gas. Tú lo sabes. Dedicamos todo el tiempo a proporcionaros diversión, y esto nos hace desatender otros cometidos.

—Lo sé, lo sé, pero...

—Lo siento, Ronnie. Pasarlo bien tiene un precio. Aquí todo el mundo paga de un modo u otro; víveres, instrumentos, aparatos, o gas.

—La próxima vez se lo traeré. Cuatro cargas.

—La próxima vez serán seis. No lo olvides. De lo contrario, no te dejaré pasar.

—Descuide, señor Trainer. Tendrá su gas.

—Eso espero, Ronnie. ¡Adelante! Llamaré a tu rubia preferida.

Ronnie, de complexión débil y aspecto general poco agradable, avanzó, saludando a algunos conocidos, hasta entrar en el departamento reservado, donde le esperaba Joanna.

—¡Hola, cielo! ¡Esta noche te has retrasado!

—¿Noche? Bueno... Lo que sea. No importa.

—A mí, sí. He tenido que rechazar otras visitas.

—Lo siento, Joanna. He tenido una discusión con mi padre. No es fácil burlar al viejo.

¿Sabes cómo le llaman? ¡Cabeza dura! No comprende que la gente joven tiene derecho a divertirse.

—Los viejos nunca comprenden nada.

—Bueno, lo cierto es que el mío tiene problemas. Algo funciona mal en su departamento. Existe pérdida de gas.

—¡Oh! No me hables de problemas. Este es un lugar para olvidarlos. Anda, bésame. Ronnie se apresuró a olvidarse de todo lo que no fuera el placer, y Joanna sabía cómo proporcionarlo.

En otro de los espacios generales, se encontraban Ulmer y Urda; bailaban al compás de uno de los últimos ritmos, nacidos en el T-44.

—¿Sabes? —comentó la pareja de Ulmer—. Me han propuesto pasar a uno de los Espacios Superiores.

—Hummm. Eso indica un cambio de categoría.

—Sí, Ulmer, pero yo estoy dudando. Aquí me lo paso bien. Me gusta tratar con la gente que frecuente esto.

—Somos los pelagatos del espacio —sonrió Ulmer.

—Sois la gente mejor —sonrió ella.

El la miró fijamente, y luego murmuró:

—Lamentaría que te fueras, Urda. Yo también me he acostumbrado a divertirme a tu lado.

—¿No hay chicas en el 127?

—Sí, como en todas partes, pero ya casi todas están aparejadas. Las que quedan no son de mi agrado. Si se cambiaran las leyes...

Guardaron silencio cuando la música se tornó suave. Ambos pensaban en lo mismo, y ella lo expresó en voz alta:

—¿Por qué cada uno tiene que emparejarse con la gente de su habitáculo?

—Seguramente, se hizo esta ley para evitar que unos se poblaran más que otros, pero ahora ya es distinto. Ha pasado mucho tiempo...

Se miraron. Era un modo de expresarse mutuamente sus sentimientos.

—No soñemos, Ulmer. Es peligroso.

—No es peligroso lo que se desea de buena fe. —Y luego, añadió—: ¿Sabes? Estamos a punto de convocar una reunión general. Intentamos cambiar algunos procedimientos.

—¡Oh! Me alegro.

Ulmer le habló de sus planes. Ella se sentía pesimista.

—Tendrían que reconocer la existencia de la función de la 44.

—Sí. Es otra de las cosas... —admitió Ulmer.

—Esto va degenerando. Y puede terminar mal. Por eso tampoco me gusta pasar a un estamento superior.

—Comprendo...

—Aquí todo es limpio. Podéis venir cuando queráis, y disfrutar de nuestro ambiente, pero los demás...

—¿Qué?

—No sé si debería decirlo.

—Lo supongo... Quieres decir que piden algo a cambio. ¿Verdad?

—¿Lo sabías?

—Lo imaginaba. No se puede mantener el ritmo. Es lógico que si el 44 se dedica únicamente a proporcionar placer, se hayan paralizado las demás secciones.

—¿Sabes que ahora cultivan plantas especiales?

—Hummm.

—Productoras de placer. Hierbas que las llaman drogas.

—Esto estaba prohibido.

—Y lo está, pero en las zonas rurales las están sustituyendo por los alimentos naturales. Ahora proyectan cobrar un canon a cada

visitante. Los más modestos deberán colaborar con una caja de pastillas vitaminadas... Por eso me gustaría dejar esto — confesó ella.

—Perdona —sonrió, al fin, la muchacha—. No cumplo la misión que se supone de mí. Eres tú el que tienes que animarme.

—Salgamos de aquí. Vayamos a dar un paseo por el parque — propuso Ulmer. Estuvieron paseando entre la verde exuberancia de las plantas tropicales, bajo la bóveda protectora.

Se cruzaron con otras parejas con idénticos problemas. Eran muchos los que, debido al contacto mutuo, habían llegado a profesarse sincero cariño.

No. No todo era vicio en los estamentos inferiores. Se hacían planes, se lamentaban leyes, y se depositaba la esperanza en la comprensión futura de los rectores de aquellos mundos flotantes.

Ulmer y Urda se besaron como tantas otras veces, se susurraron palabras de amor, que ni el tiempo ni la distancia habían variado en absoluto.

Luego, llegó el momento de la despedida.

En ascensores, descendían los que habían pasado la velada en espacios superiores.

En el túnel de salida, se dirigían los bólidos de quienes regresarían a sus distintos habitáculos.

Ulmer y Urda observaban los guiños de los bólidos, al perderse en el azulado espacio completamente oscuro.

A través del gran ventanal contemplaban la circulación espacial, espectáculo ya cotidiano y normal.

Ulmer vio cómo Ronnie abandonaba la plataforma.

—Conozco su bólido. Es muy particular. Y viene todos los días. Es otro de los temas a tratar. Derroche de gas. A mí no me importa, pero ya que su padre pretende llevar tan rigurosamente el control, le pediremos que la ley sea para todos.

Se volvió hacia ella, que seguía observando la sima espacial.

—Problemas y más problemas... ¡Oh! —Se interrumpió, de pronto, y sus ojos quedaron fijos en el exterior. El se volvió, y observó lo mismo que ella: El bólido de Ronnie se perdía en el Espacio.

—¡Va a la deriva! —exclamó la muchacha.

—¡Tengo que rescatarlo! —exclamó Ulmer.

—¡Avisa a emergencias! —exclamó la muchacha.

—¡No hay tiempo! —Y Ulmer tomó su propio bólido, para autopropulsarse en persecución del siniestrado.

—¡Procura contener el mando estable, Ronnie, voy por ti! —gritó, a través del transmisor.

—No, puedo... —¿Quién eres?

—Ulmer, de salvamento.

—Algo ha debido atascarse. No sale el gas.

—¡Suelta el escape general! —advirtió Ulmer.

—Ya lo he hecho. No funciona.

—En este caso, es que está vacío.

—Imposible. Lo llené, antes de salir.

—Bueno, bueno. Creo que podré alcanzarte. Esta zona es propicia.

No pierdas la calma. Ulmer se aproximaba con su bólido al de Ronnie, que seguía a la deriva, a buena velocidad, pero sin traspasar los límites de lo normal.

Entretanto, la alarma había cundido en los servicios de urgencias del T-44, y se seguía,

con impaciencia,
la operación
rescate. La
transmisión llegó
hasta la T-127.

—Bóldo perteneciente a Ronnie Long, a la deriva. Trata de ser rescatado por un compañero planetario, cuyo nombre es Ulmer. Shan Long recibió pronto la noticia, y siguió, a través de la pantalla, el rescate. Ulmer, en aquellos momentos, estaba observando:

—Me estoy quedando sin gas, Ronnie Long.

—No me abandones —pidió el siniestrado.

—Escucha. En cuanto establezcamos contacto, abandona la nave.

—No puede ser.

—Tienes que hacerlo, si quieres que te salve. Con el gas que me queda, no podría arrastrarte. ¿De acuerdo?

—Lo que tú digas, Ulmer.

—Mantente preparado, Ronnie. No podemos perder ni un solo segundo. —Y Ulmer consultó su reserva. Era escasa, incluso para regresar, y masculló algo entre dientes. Desde la nave 44, surgió la voz de los servicios de rescate:

—Cuenta con nosotros, amigo. Tiene dos naves preparadas, en caso de emergencia.

El padre de Ronnie podía escuchar las transmisiones, desde el puesto de control de la T-

127, al frente de cuya
sección se hallaba Narbona.

Tras un gran esfuerzo. Shan

Long pidió:

—Pásame el transmisor. Abra conexión con la T-44.

Una vez Narbona le hubo complacido, Shan Long, con voz grave y emocionada a la vez, murmuró:

—No utilicen combustible en vano. No podemos pagar los errores ajenos. La voz recibida fue categórica:

—Es su hijo, Shan Long.

—Lo sé. La ley debe ser para todos.

Narbona cambió una mirada con Shan Long.

—Señor...

—No tengo nada más que decir —repuso el jefe encargado del combustible. En aquellos momentos, Ulmer estaba dando alcance al siniestrado.

—¡Suéltate, Ronnie!

Shan Long, a pesar de sus órdenes, seguía pendiente del

dramático rescate.

Ronnie salió catapultado, dejando que el bólido se perdiera.

Ulmer soltó la cuerda, gritando:

—¡Sujétate! De prisa.

Ronnie consiguió hacerlo algo torpemente, pero, aferrado a ella, estaba prácticamente salvado.

—Vamos, vamos, un poco más —murmuró para sí.

Los que observaban, desde el T44, esperaron instrucciones. El jefe Trainer dudaba, pero, al fin, ordenó:

—Vamos. Salid en su busca.

Ulmer observó cómo su indicador de combustible oscilaba en el guarismo 0.

—Por poco, por poco —murmuró.

Pero observó, entonces, que los del rescate de la 44 ya estaban rodeándole.

—Vamos. Te remolcaremos.

Instantes después, llegaron al punto de origen, ante los jadeos del débil Ronnie, que, apenas despojado de la escafandra, miró fijamente a Ulmer, y le tendió una mano.

—Creí que me odiabas.

—Aunque así fuera, no dejaría que tu cuerpo se pudriera en el espacio. Anda. Que te den un tónico para el susto, y apáñatelas para regresar. Esto ya no es asunto mío.

La mejor recompensa de Ulmer fue el beso de Urda. Luego, le proporcionaron el gas suficiente para que pudiera regresar.

Más tarde, Trainer se reunía con Ronnie para decirle:

—Me debes otro par de cargas, muchacho. No lo olvides.

—Veré lo que puedo hacer.

—Tú verás lo que te conviene. —Y el tono de Trainer sonó amenazador.

CAPITULO

III

La reunión era general, y había tenido lugar antes de lo que Ulmer y sus amigos habían pensado.

Cuando Shan Long hubo terminado de hablar, el silencio fue impresionante.

—Quiero que sepas, Ronnie, que di la orden de que no se gastara ni una sola carga de gas para rescatarte —había dicho.

Luego, añadió:

—La ley debe ser igual para todos, para que no haya recelos ni falsas interpretaciones. En mi departamento, no se hacen diferencias. Públicamente, quiero patentizar el descontento que me produce mi hijo. Por ello, desde ahora, le sustituyo en sus funciones, y pasará a la sección de tritura de desperdicios.

Era una de las nuevas secciones, nacidas con el tiempo, para remediar el problema de los desperdicios, que posteriormente deberían ser transformados en abonos orgánicos.

La sección era considerada como una de las de ínfima categoría. Ronnie palideció, más de lo que ya era habitual en él, pero no replicó.

—Ahora, pasemos a examinar la situación —siguió Shan Long—.

Sé que no bastan las

estadísticas periódicas. Parece que alguien ha querido convocarnos para obtener una explicación de viva voz. No tengo ningún inconveniente en ponerles al corriente de los problemas de mi departamento: El principal de ellos es la fuga de producción. Se ha estado trabajando en subsanar el defecto, pero, hasta el momento, no han sido halladas las causas que motivan la pérdida de gases. Es cuestión de tiempo el poder solucionarlo. Por ello, insisto, una vez más, en reducir al máximo indispensable el consumo de combustible.

Habló el jefe del departamento agrario y forestal:

—El problema no es debido a abandono, como algunos suponen. Los fertilizantes orgánicos han sufrido una transformación, que algunos productos han acusado. De ahí la marcada escasez. Se está trabajando en subsanar las deficiencias. Pido paciencia.

Los jefes de las diferentes fábricas expusieron sus casos. Él problema más acusado era en la fabricación de laminados:

—En los últimos años, hemos acusado la baja de materias flotantes. Nuestros centros

de atracción del material espacial ha visto considerablemente reducido el número de materia prima. Se ha pensado en variar la órbita, a fin de explorar nuevas zonas, donde obtener mayor abundancia de meteoritos transformables. El jefe de ruta está estudiando la cuestión.

El jefe de Rumbo expuso su estudio sobre la idea:

—Las condiciones no son favorables. No podemos entrar en la órbita del planeta K. Como saben, venimos detectando últimamente la influencia de este planeta, desconocido hasta hace poco. Tiene una similitud muy grande con la Tierra, y está relativamente cerca de ella.

—¿Qué hay en ese planeta? ¿Sería posible explorarlo? —quiso saber alguien.

—Es árido, por completo. No hay medios propios de vida, al menos aparentemente —

fue
la
respuesta.

Alguien hizo referencia a la Tierra.

—¿Se piensa en volver algún día?

—Ese fue el proyecto inicial, al principio —repuso el jefe de Rumbo—. Pero hasta este momento, las señales detectadas no indican que las condiciones sean favorables. Todo sigue poco más o menos como antes de que nuestros antepasados la abandonaran.

—¿Hay seres vivos? —preguntó una voz.

—Tampoco hemos conseguido averiguarlo. Parece que no existe vida, pero se cree en la posibilidad de que los que lograron sobrevivir aquella lejana época, hayan encontrado algún modo, tal vez subterráneo, de perpetuar la vida. Insisto en que es algo que ignoramos.

—¿Por qué nunca se ha mandado una expedición a investigar?

—Se viene haciendo, en distintos períodos. Las noticias han sido siempre las mismas. No hay vida.

—¿Qué se hizo de las grandes ciudades?

—De algunas se sabe que sufrieron efectos de constantes erosiones, pero algo debe quedar.

—¿Cuándo irá una próxima expedición? —preguntó Ulmer, esta vez.

—Está en estudio. Como saben, esto se decide por votación entre todos los jefes de Rumbo. La próxima convocatoria está próxima. Ya se avisará de ello. Como saben, cada sección tiene el deber de informar debidamente de sus funciones. Nunca se ha ocultado nada.

Aquí intervino Ulmer otra vez:

—¿Nunca?

La duda manifiesta de Ulmer hizo que todos los ojos de los reunidos se volvieran hacia

—Se nos han contado ambigüedades, fallos que llevan tiempo sin subsanarse, se nos

somete a regímenes restrictivos... ¿Se ha averiguado si en los demás «T» ocurre lo mismo.

¿Se ha convocado alguna vez una reunión general, a alto nivel?

—Nuestras leyes... —empezó el jefe de Rumbo, pero se vio interrumpido nuevamente por Ulmer:

—Aquí es donde quería llegar. ¿Es que no hay modo de revisarlas? ¿Qué hay, por ejemplo, del intercambio entre otras naves-planeta?

Se levantó un murmullo. Algunos, jóvenes especialmente, estaban con Ulmer. El jefe de Rumbo reclamó orden:

—Ninguno de los responsables puede, por sí solo, variar el orden establecido. Yo no puedo pronunciarme.

—Ahí tiene, pues, un buen motivo para esa reunión general —adujo Ulmer.

—Para eso habría que pulsar la opinión de los habitantes de las otras naves —intervino Shan Long, que parecía tener un privilegio especial, por el cual sus órdenes tenían un carácter más estricto, más dictatorial, aunque ya había demostrado que quería unidad legal para todos, sin la menor diferencia en favor de nadie.

Y continuó:

—Cada nave se ha auto-regido a sí misma. No lo olviden.

—De acuerdo. Pulsemos la opinión. Estoy de acuerdo en auto-regirnos, pero eso no impide variar lo que el tiempo ha superado, por ejemplo, con la mayor densidad demográfica. Ahora ya no somos un grupo de treinta y siete.

Otro murmullo. Los jefes impusieron la calma.

—Si es el sentir popular, mantendremos una reunión todos los responsables, y decidiremos lo acordado —habló de nuevo Shan Long, en nombre de todos.

Cuando parecía que ya no había nada importante que comentar, el propio Shan Long llamó la atención a los concurrentes para decir:

—Hay otro asunto importante. Y es el T-44. Debo informarles que se estudiará la posibilidad de una prohibición de frecuentar ese planeta. Las causas son el aumento de peligrosidad que entraña.

Aquí el murmullo fue más fuerte. Alguien dijo, al oído de Shan Long:

—No debió hablarles de ello. Quedamos que deliberaríamos en secreto.

—Aquí no debe haber secretos. Este es el éxito de la convivencia.

—Algo funciona mal, Shan Long. Usted lo sabe tan bien como todos...

—Debemos averiguar de qué se trata, para algo somos los responsables. Alguien cortó el aparte de los dos jefes. Fue Dober:

—Una prohibición de este tipo sería cortar la libertad de las personas, y ésta ha sido una de las principales leyes fundamentales de nuestra convivencia.

—Los responsables, señor Dober, deben velar por la salud pública. Y la T-44 evidencia ser un peligro muy notable. Se ha descubierto la existencia de un vivero de las antiguas drogas que causaron estragos en una época de la historia de la Tierra.

La reunión se disolvió, entre las más encendidas polémicas.

—¿Tú sabías algo de esto? —
inquirió Dober a Ulmer.

—Lo sospechaba, pero esta noche Urda me lo ha confirmado.

—Si prohíben la visita a la T-44, crecerá el malestar.

—Es posible —
murmuró Ulmer,

pensativo.

—Crees que algo va mal, ¿verdad?

—Sí, amigo. Antes, era sólo un presentimiento, ahora creo que es desgraciadamente cierto. ¿No te has fijado en Shan Long? Creo que no puede disimular que algo le preocupa.

Si Shan Long tenía preocupaciones, las vio aumentadas por la conversación que, a continuación, sostuvo con su hijo:

—Necesito esas cargas.

Es el precio...

—Yo no tengo nada que ver en eso. Son problemas que tú te has buscado.

—

Di mi palabra.

—No estabas autorizado para darla. Sabes muy bien que tenemos el combustible justo. Tendremos que racionarlo, y tú prometes cargas, a cambio de ir de juerga en juerga. Hace tiempo que sabía que la T-44 no podía subsistir con sus propios medios. Han abusado de su libertad, y ahora pretenden arruinarnos a todos. A nosotros nos piden gas, a otros les exigen materiales. Allí, nadie trabaja. Es una fábrica de placer, y ahora sólo faltaban las drogas.

—

Tengo que pagar, padre.

—No será con
gas, y menos,
ahora.

—

¿Es
tu
última
palabra?

—

Sí,
Ronnie.

Lo
es.

El muchacho dio la vuelta, con aspecto sumiso y temeroso a la vez. Y no era de las iras de su padre de lo que sentía recelo, sino de la reacción de Trainer que, poco a poco, se había convertido en el dueño absoluto de la T-44.

De nuevo, uno de los intermitentes había sido el vehículo conductor de lo dicho en la reunión, y también de la conversación entre los Long.

Cino, el joven de aspecto insignificante y rastrero, sonrió, después de cortar la recepción.

—Parece
que
sospechan
algo.

—Eso
me
tiene
sin
cuidado.

—Sigue el
malestar, eso
es evidente.

El «otro» asintió, en la sombra
de la pequeña cabina.

—Estaré a la escucha, por si se producen conversaciones secretas. Nada escapará a mis oídos, maestro.

—Lo sé, Cino, lo sé —repuso la voz grave del
misterioso compañero de Cino.

CAPITULO

IV

Ulmer calculó lo que le quedaba de su ración de gas.

—Sólo para un viaje de ida y regreso. Hummm, tal vez si llamara a Markus.

Markus era un colega suyo de salvamento, que pertenecía a la dotación de la T-130. Iba a llamarle, cuando le sorprendió la voz femenina:

—Hola, Ulmer. Te estaba buscando.

Ulmer se volvió para encontrarse, cara a cara, con la bella Lara.

Lara tenía fama de ser la mujer más hermosa de la T-127, aunque él no la hubiese cambiado por Urda.

Lara Long era la hija del jefe de la sección de combustible, Shan Long. El la saludó cortésmente.

—Sé que mi padre es muy brusco, tal vez debido a la gran responsabilidad que tiene...

Por eso no ha sabido agradecerte lo que hiciste por él.

—¿Te refieres a Ronnie?

—Sí. Tú le has salvado y, en el fondo, mi padre te está profundamente agradecido.

—No lo hice para que me lo agradeciera —repuso Ulmer.

—Lo sé. Tú eres así, generoso. Piensas siempre en los demás.

—¿Qué quieres de mí, Lara? —preguntó Ulmer, intuyendo una gran preocupación en aquella muchacha a la que uno debía admirar profundamente por su belleza.

—Sólo darte las gracias. Yo aprecio mucho a mi hermano... Y sé que se siente solo. Nunca ha congeniado con papá.

—Bueno, Ronnie no es precisamente un modelo de ciudadanía —sonrió Ulmer.

—Lo sé, lo sé. Pero pienso que la culpa no es enteramente suya.

—En problemas familiares, no entro ni salgo. Cada cual tiene los suyos, pero si mi padre siguiera vivo, me llevaría perfectamente con él.

—Lo sé. Siempre oí hablar bien de él. Era un modelo de valentía y de abnegación. Mi padre le admiraba mucho. Y cuando murió, en un rescate, lo sintió...

—Fue una desgracia —murmuró él, rememorativo. Luego cambió de tema—. Bueno, Lara. ¿Puedo hacer algo por ti?

—Tal vez.

—¿Qué es?

—Temo por Ronnie.

—¿Por qué?

—Está preocupado. No me quiere decir exactamente lo que le pasa, pero creo que es algo relacionado con la T-44.

—Bueno. ¿Y qué puedo hacer yo?

—No lo sé.

—Díselo a tu padre.

—No puedo.

—¿Qué le ocurre, exactamente?

—Creo que se trata de una promesa que hizo a Trainer, y que no puede cumplir. Es todo lo que he podido sacar.

—Esto es asunto suyo.

—Lo sé, pero...

—Lara... Me gusta hacer favores, pero, en este caso, pienso que tu hermanito ya es mayorcito para saber resolver sus propios problemas.

—Ronnie nunca ha sido mayor. Adulto, quiero decir. Es un chiquillo.

—Lo siento, Lara.

—Claro, pero si... le ves en algún apuro... El no tiene amigos, y yo... Bueno, sé que no tengo derecho a pedirte nada, pero...

—En recuerdo de los buenos tiempos —sonrió él.

—Me alegro de que no hayas olvidado nuestros juegos... en el campo.

—No, Lara. No los he olvidado, y descuida. Trainer no se atreverá a causarle ningún daño a tu hermano. —Le dio un cachete cariñoso, dejándola después para dirigirse a su transmisor de distancia, y ponerse al habla con su colega Markus, de la T-130.

Cuando la obtuvo, expuso el motivo de la misma a su amigo:

—Markus. Necesito algunas cargas de gas. Aquí andamos algo escasos, quizá has oído comentarlo.

—¿Gas? Eso sí que es imposible. A nosotros nos ocurre lo mismo.

—Es curioso. ¿Sabes las causas?

—Nadie las sabe. Se cree que es debido a algún escape. Pero no somos solos. En la T-

141 y la 153 les ocurre lo mismo. Habrá una epidemia de fugas —bromeó Markus.

Pero Ulmer no sonrió siquiera. Aquello le dio que pensar.

—Bueno, Markus, perdona por la petición.

—De nada, hombre, me hubiera gustado poder complacerte.

Poco después, Ulmer se reunió con Dober y el resto de sus compañeros. Les habló de aquellas coincidencias en la fuga de gases, y luego, preguntó:

—¿No os parece raro?

—Bueno. Ésos chismes tienen ya un siglo de vida. Se habrán deteriorado —murmuró

Dober.

—Son revisadas y modificadas periódicamente. Todo se conserva en el mejor uso. Nuestros bólidos, por ejemplo. Se están renovando continuamente, utilizamos cada vez modelos superiores a los anteriores... No... tiene que ser otra cosa.

Los demás se encogieron de hombros; no atinaban dónde quería ir a parar Ulmer, y el caso es que él tampoco estaba demasiado seguro.

Por ello pidió una entrevista con Shan Long.

—Nunca hemos estado demasiado de acuerdo en nuestros puntos de vista, Shan Long, pero siempre he intentado comprender su posición.

—Celebro que los reconozcas, pero di en seguida lo que tengas que decir. Estoy muy ocupado.

—Algo no funciona bien, y usted lo sabe.

—Claro que lo sé. Ya lo he expuesto.

—No lo ha dicho todo, Shan Long.

—Nunca oculto nada a nadie. Sigo las reglas.

—Esta no es la única nave que tiene dificultades de combustible

—soltó Ulmer, sin más preámbulos.

—¿Lo sabes tú?

—Sí. Hay otras naves. Dos, al menos. Seguramente, existen más que tienen los mismos problemas.

Shan Long guardó silencio, y se volvió hacia uno de los cerebros rectores para corregir unos puntos.

—¿Qué ocurre, Shan Long?

—Si lo supiera, lo hubiera expuesto.

—Entonces, ocultó la verdad.

—Oculto lo que ignoro. Soy responsable de mi departamento, y debería saberlo. Pero no es así.

—¿No cree que se impone esa reunión a alto nivel?

—Si se me permite, dirigiré mi departamento a mi modo.

—Nadie discute sus métodos. Shan Long, pero si existe algún peligro...

—Si existiera algún peligro, no lo ocultaría. Hasta el momento, son vagas suposiciones.

—Shan Long, estoy de acuerdo con que no se debe alarmar a la gente sin poder explicarle las causas. Por eso he venido.

—Sigue.

—Si puedo ser útil en algo... Mi trabajo no es mucho. Y mi tiempo de ocio lo empleo en empacharme de cultura.

—Eso es bueno. El saber es siempre importante.

—Shan Long... He leído historias de los últimos tiempos de la Tierra. Me refiero a la época que precedió a la marcha de las naves.

—¿Sí?

—Debió ser horrible para los que se quedaron.

—Muchos no sabían la verdad. Ignoraban que les dejábamos un mundo condenado a la esterilidad —repuso Shan Long.

—¿Aprueba usted lo que hicimos?

—Yo no estaba. Los que decidieron, pensaron en la continuidad. Todos no cabían en la nave.

—¿Y alguien tuvo que escoger, no es eso?

—Así es.

—Alguien se erigió en salvador de unos cuantos. Sabios y elegidos con el dedo, amigos de los amigos, ex gobernantes. No podían ser muchos. Doscientas una naves. Siete mil quinientas personas, en total. Un tanto por cien reducidísimo para un planeta de más de mil millones de habitantes.

—No se pueden pedir cuentas a los que ya no existen.

—No, Shan Long, pero usted sabe a lo que me refiero. Nadie ha vuelto a preocuparse por la Tierra. No hace mucho oímos, en la reunión, que hay posibilidad de que existan seres, quizá

evolucionados, subproducto de una raza en proceso de desaparición...

—¿Dónde quieres ir a parar, Ulmer?

—Usted lo sabe.

—Tal vez...

—Puede existir una venganza, un afán premeditado de guerra contra nosotros, los descendientes de unos privilegiados, a los que se les permitió vivir, mientras se

condenaba
a la
mayoría.

Shan Long quedó
pensativo. Luego,
replicó:

—Mira, Ulmer, puede que allá abajo —y señaló las pantallas de transmisiones de datos— exista alguien que nos odie, pero de eso a poder perjudicarnos, media un abismo, tan grande como el que nos separa del planeta.

—Alguien sabotea nuestros sistemas de combustible. ¿No lo ha pensado?

—
Sí.

—Shan Long... ¿Cuántos planetas volantes tienen el mismo problema que nosotros? Se hizo otro largo silencio, antes de que el jefe del departamento replicara:

—Puesto que quieres
saberlo... Uno de cada diez.

—Uno de
cada diez —
repitió Ulmer.

—
Así
es.

—
Usted
estaba
enterado.

—
Hace
tiempo.
—Entonces,
pretenden
diezmarnos.

—
¿Quién?

—Eso hay que
averiguar. Y quiero
ayudar.

—Habría que contar con un
ejército de especialistas.

—Primero, una
policía, que

investigara.

—

No
tenemos
policía.

—Se puede crear. Un cuerpo de voluntarios detectives. Deberían tener ojos y oídos abiertos.

—¿Piensas que una posible subversión puede proceder de nuestros habitáculos?

—Para sabotear nuestros medios, tienen que estar aquí. ¿No es eso?

—Nadie ha podido introducirse en nuestras naves. El control de los habitantes es exacto. Todos podemos identificarnos, cuando vamos de visita a otras naves.

—El tránsito es abundante, Shan Long. Alguien puede ir de un lado a otro.

—Sí. Es posible, pero nada podemos hacer. Los controles registran absoluta normalidad. Registran los nacimientos y defunciones, conocemos, al día, el número de habitantes de cada nave, y el global, general. No sobra nadie.

—

Entonces...

—Tenemos que esperar. Dentro de unos días, la junta de jefes de producción nos reuniremos. Luego, se verá. Entretanto...

Ulmer
atajó:

—

Sabré
guardar
el
secreto.

—No habrá secreto después de la junta. Pero entretanto, sí conviene no divulgar vaguedades. ¡Ah! Y si es preciso, tendré en cuenta tu ofrecimiento.

—

Gracias,

Shan

Long.

Ulmer le dejó,
visiblemente
preocupado.

A pesar de su rigidez, Shan Long era un hombre consciente de su trabajo y de su responsabilidad; su hija Lara lo había dicho...

En la distancia, a través de la cadena de conexiones, Cino

acababa de escuchar las palabras pronunciadas en el espacio de trabajo de Shan Long. Acababa de escuchar la conversación que el responsable del combustible había sostenido con Ulmer y, después

de manipular en el proceso de datos de la computadora, murmuró:

—Ulmer... Hummm. Puede resultar un elemento peligroso.

—Nos desharemos de él, si conviene —repuso la voz grave de la sombra inmóvil instalada cerca de Cino.

Y la misma voz añadió:

—De momento, no hay temor. Se creen muy inteligentes, pero lo ignoran todo, todo...

CAPITULO

V

Ulmer había tomado su bólido para gastar su última ración de combustible, en el viaje que le separaba hasta la T-44.

Necesitaba, ante todo, estar al lado de Urda, que le recibió poco después, en el ambiente siempre multitudinario de la nave-planeta del placer.

—¿Habéis hablado del intercambio de personal? —fue una de las primeras preguntas de la muchacha, cuando los dos paseaban por el corredor entre las cristaleras del invernadero para flores exóticas, una de las pocas cosas que cuidaban los del T-44.

—Tenemos otros problemas, Urda.

—¿Problemas?

—Graves.

—¿De qué tipo?

—Bueno. Ahora es prematuro hablar de ello, aunque tal vez... Dudó unos instantes, pero ella le animó a hablar:

—Aquí suele desfilar mucha gente. Vienen de todos los habitáculos.

—Sí. Es cierto.

—Puede que sea el lugar ideal para hablar de cosas importantes. Incluso para proyectar un complot.

—
¿Un
complot?

El
vaciló,
antes de
preguntar:

—¿Conoces a
todos los que
vienen?

—Más o menos de vista. Claro que siempre surgen caras nuevas. A Jos más importantes, se les ve poco. Acuden a los reservados.

—
Ya.

—Son los que pueden facilitar mayores
elementos a la nave.

—Y Trainer les

recibe
personalmente.

—Trainer es ya
prácticamente el jefe de
todo.

—

¿Qué

tal

es

Trainer?

—Bueno, como sabe todo el mundo, la T44 ha producido más mujeres que hombres, y entre los dirigentes hay muchas mujeres. Trainer es el más antiguo, y de él partió la idea de transformar la forma de vivir hasta convertir la nave-planeta en lo que es. Al principio, a todos pareció bien. Puesto que las mujeres estábamos condenadas a no emparejarnos, por esa ley que prohíbe el traslado, al menos teníamos opción a alternar con los hombres de las naves-planetas hermanas. Trainer, en eso, se limitó a dirigir.

—Trainer es ambicioso. Ha encontrado el medio de producir sin trabajar. Eso ocurría en la Tierra. Los explotadores de hombres fueron siempre los que mejor vivían. La mayoría de las guerras se originaron por esos abusos. El ansia de poder fue la nota dominante. Los que pagaban eran siempre los mismos. Trainer puede llegar a erigirse en una especie de cacique de nuestra era. He leído algo sobre esos métodos. Trainer no es ajeno a ellos.

—No

sé a

qué

te

refieres.

—No. No puedes saberlo.

Ante el silencio de Ulmer, ella preguntó:

—¿Qué te ocurre? ¿Es muy grave la situación?

—No lo sé todavía, pero alguien pretende dañarnos... Te ruego no lo comentes.

—¿En qué sentido?

—Tampoco lo sé. Excepto que pretenden reducirnos.

—¿Trainer tiene algo que ver?

—Son divagaciones, pensamientos, piezas de un rompecabezas que no encajan. Por eso quisiera pedirte... —dudó.

—Haré lo que tú quieras.

—No correrás ningún riesgo, si no hablas de eso con nadie. Mira, procura enterarte si

Trainer se reúne con gente importante de otros habitáculos, de otras naves.

—Bueno, a veces de parte con algunos jefes.

—Retén sus nombres. Si en algún lugar se fragua algo, éste podría ser el más indicado.

—Haré lo que tú me pides, Ulmer.

—Pero sin comentarios. Conseguiré combustible para volver pronto...

—Este es otro problema.

—Este es el principal problema. Incomunicarnos.

Se hizo un silencio. Ella miraba profundamente al hombre del que estaba enamorada. El la besó.

—Anda —murmuró, después—. Vamos a bailar un poco. Te he puesto de mal humor.

—Contigo, eso no es posible —sonrió ella.

Siguieron por el iluminado corredor. Iban en silencio, entrelazados. De algún lugar, surgió un grito. Fue como un alarido prolongado, que heló la sangre de

Urda.

—¿Qué ha sido...? —empezó, con voz temblorosa.

Ulmer protegió a la muchacha, y miró en distintas direcciones.

—Procede de alguno de los reservados.

—Es como si hubiesen matado a alguien —murmuró ella. En efecto, un grito agónico, un grito de muerte.

—Ve a la sala primera. Yo intentaré averiguar lo ocurrido —repuso Ulmer.

—No me dejes, ahora.

El sonido de la alarma se dejó oír en la cabina de salida, y ambos corrieron hacia aquel lugar.

Tras los ventanales, se habían reunido otras personas. Mientras que de los reservados de la planta superior bajaba precipitadamente Trainer, utilizando la rampa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

La gente hacía comentarios. Ulmer se aproximó a Trainer.

—¿No ha oído un grito? Creo que procedía del piso superior.

—Sí. Es posible. Pero no hago caso de los gritos. Aquí cada cual se divierte a su modo.

—¿Cree que, de verdad, se trataba de un grito de alguien que se estaba divirtiendo? —

interrogó Ulmer.

—No me gusta su tono. Aquí tratamos bien a todos los forasteros...

—¡Allí! —gritó alguien.

Algo estaba flotando en el espacio. Era un ser. Un ser humano. Alguien que era tragado por la sima espacial. Un hombre sin escafandra.

Joanna se deslizó rápidamente por la rampa, visiblemente afectada.

—No he podido impedirlo... ¡Ha sido horrible! Trainer se volvió hacia ella.

—

¿Qué

ha

pasado?

—Una grieta en la lámina del ventanal... El se aproximó. Yo grité... Traté de prevenirle.

—¿Prevenir a quién? Habla claro, Joanna.

¿Quién estaba contigo?

—

Mi

amigo..

Ronnie.

Ulmer y Urda
cambiaron una mirada
entre sí.

—¿Ronnie es... el que ha caído? —preguntó Trainer.

—Sí... No he podido evitarlo...

¡Oh! Ha sido terrible...

Ulmer se volvió hacia la cristalera. El hombre perdido en el espacio era ya un punto inconcreto, luminoso por su vestido fosforescente, pero irrescatable ya. Sin escafandra, estaría muerto, por falta de aire.

—Ronnie —murmuró, y recordó las palabras de Lara, relativas a la preocupación de su hermano por no haber podido cumplir la «promesa».

—Bien... Ha sido un accidente. Un lamentable accidente —dijo Trainer—. Daremos el

comunicado oficial, y subsanaremos la anomalía. ¡Señores! Siento lo ocurrido. Hubiese podido ocurrir en cualquiera de sus naves.

—¡Un momento, Trainer! —atajó Ulmer, cuando éste se dirigía nuevamente hacia la rampa.

—

¿Qué

quiere

usted?

—Ronnie era de mi nave. Me gustaría ver...
por mí mismo esa grieta. Trainer dudó, pero, al
fin, accedió:

—Si eso

puede

servirle de

algo...

—Bueno. Tal vez viendo las causas, pueda evitar que en la
T-127 ocurra lo mismo.

—

Suba.

El propio Trainer guió a Ulmer hasta el reservado donde había
ocurrido la catástrofe. Joanna, la compañera de Ronnie, iba detrás.
Ese detalle llamó la atención a Ulmer que, sin embargo, no hizo
ningún comentario.

En el apartamento o reservado, muy apto para la intimidad de dos
enamorados, una
lámina metálica ocultaba parte de la cristalera que servía de visor. El
gran ventanal sobre el espacio había sido cubierto. Joanna lo
explicó:

—Pulsé inmediatamente la
cortina de seguridad.

—Hiciste bien. Eso hubiese podido destruir buena parte de la
nave —aprobó Trainer. Ulmer se aproximó a la pantalla, desde la
cual podía verse el exterior de aquella zona, y
comprobó el agujero en el cristal visor.

Trainer

lo

observaba

también.

—Una rotura. Seguramente, a causa de
un cambio de presión.

—Sí. Ya

veo —

murmuró

Ulmer.

—Bien. Un accidente tan
lamentable como inevitable.

—Se rompió cuando él estaba
próximo —explicó Joanna—. Fue
tragado, sin poder evitarlo.

Ulmer dejó la estancia para reunirse con Urda, que le preguntó:
—¿Qué has averiguado?

Viendo que no había nadie en derredor, Ulmer le susurró:

—Ha sido provocado. Han asesinado a Ronnie. Cuídate, Urda, y mándame aviso, si descubres algo importante. Ahora debo irme.

—No puedo creerlo —musitó ella, para sí—. Un asesinato... Un asesinato en la nave. Esto... Esto no había ocurrido nunca.

*

* * Nunca.

Nunca, desde que, un siglo antes, las doscientas una naves navegaban en órbita, había ocurrido un asesinato.

Accidentes, sí, algunos, inevitables; pero un crimen...

Claro que, oficialmente, la muerte de Ronnie había sido un accidente más. Algo imprevisible.

Ulmer, que ahora se hallaba frente a Shan Long, murmuró:

—Pensé que debía saberlo, señor.

—No imaginé que llegaran a tanto —repuso Shan Long, con las mandíbulas prietas y un fulgurante brillo en sus ojos.

—Su hija temía por él, me pidió que le ayudara. Yo ni siquiera sabía que Ronnie estuviese allí.

—Vivía más en aquel antro que en su casa.

—¿Conoce usted el motivo por el que le hayan eliminado?

—Creo conocerlo.

Ulmer esperó la explicación de Shan Long, que le relató lo de la promesa del gas.

—Ronnie me pidió seis cargas, y me negué a entregárselas. Era el precio por pasarlo bien en la T44. Trainer tendrá que darme muchas explicaciones, ahora.

—No, Shan Long. Si le da a entender que sospecha algo, estará advertido.

—¿Y qué...?

—He estado pensando. Trainer puede saber algo de lo que nos está ocurriendo, respecto al combustible. Sería mejor vigilarle.

—Y peligroso. Si es cierto que ha matado a mi hijo...

—Lo es...

—Pero no hay pruebas.

—Exactamente.

—No obstante, no puedo pedir a nadie que se arriesgue...

—No tendrá que pedirlo. Lo haré yo.

—¿Tú?

—El riesgo que pueda correr, evitará muchos otros.

—¿Por qué haces esto?

—Porque yo también juré trabajar por el bien de la comunidad.

—Y porque, además, en esa nave hay alguien que te interesa, ¿eh?

—No lo niego, Shan Long.

—Está bien. Te daré una respuesta, dentro de algún tiempo.

Antes de que Shan Long contestara a Ulmer, respecto a su proposición, llegó la noticia de un nuevo accidente. Uno de los asiduos había sufrido una avería en su bólido. Antes de perderse en el espacio, pudo asegurar que tenía el depósito vacío. Era un error insólito porque nadie, en su sano juicio, dejaba de comprobar su situación de combustible, antes de cruzar una parte del espacio.

Como aquella vez ninguna patrulla de rescate llegó a tiempo para salvar al accidentado,

tuvo que admitirse que se trataba de un nuevo accidente. Esta vez, un accidente por error humano. El error de la propia víctima.

Tras ese nuevo accidente, la respuesta de Shan Long ya no se hizo esperar:

—Actuarás bajo tu responsabilidad.

—De acuerdo.

—Es la primera vez que alguien espíará una nave.

—Lo considero necesario, Shan Long.

—Lo encuentro detestable.

—Sí. Lo es. Pero ese nuevo accidente...

—La víctima fue el propio ayudante de Salok.

—¿Salok?

—Del departamento de combustible del 172.

—¿Se negó a pagar en combustible?

—La T-172 es otra de las naves afectadas. Yo había hablado con Salok hacía poco, y él, a su vez, me relató los problemas que su ayudante tenía con Trainer. Por lo visto, se negó a pagarle...

—Bien, Shan Long. Creo que la cosa empieza a estar bastante clara.

—Necesito pruebas. Pruebas de lo que ocurre allí. Esta será tu misión. No actúes por tu cuenta.

—De acuerdo.

—Tendrás suministro especial de servicios. La excusa para frecuentar la T-44 será... esa persona que te interesa.

—Sí, señor —sonrió Ulmer.

—Por supuesto, continuarás con tu trabajo habitual.

—Sí, señor.

—En cuanto a tu amiga...

—Es discreta.

—Suerte, Ulmer. Y quiero que sepas que no lo hago sólo por mi hijo. El bien común está en juego.

Ulmer asintió, y salió de la estancia de Shan Long.

Una vez más, sus palabras habían sido perfectamente detectadas por el oscilador, y retransmitidas hasta Cino, que murmuró:

—La cosa parece que se complica.

La voz, compañera de Cino, repuso a su vez:

—Todo está a nuestro favor. Conocemos a nuestro enemigo. Esta es la diferencia.

—¿Le eliminamos?

—Aún no. Dejémosle que juegue a detective.

—Lo que tú digas, maestro —replicó Cino, con aire sumiso.

CAPITULO VI

—Veo que sueles venir muy a menudo por aquí, Ulmer —sonrió Trainer, dándole la bienvenida, como hacía con tantos otros, aunque reservándose principalmente para los importantes.

—Tantas veces como puedo. Ya debe saber usted, Trainer, que hay algo que me interesa.

Urda
estaba
cerca,
y
sonrió.

—¡Oh, sí! Por cierto... Luego charlaremos, tú y yo, pero ahora puedes divertirte.

—Si tiene algo que decirme, hágalo ahora. Aquí. No tengo secretos para Urda.

—Lo imagino, pero yo suelo hablar de los asuntos importantes en privado... Si quieres, podemos ir ahora.

—Bueno, si no va a robarme mucho tiempo...

—Unos breves minutos. Urda sabrá esperar.

Se fueron juntos. Ulmer guiñó un ojo a la muchacha, que trataba de contener su angustia porque, en el fondo, presentía aquel peligro invisible que se cernía sobre el hombre del que estaba enamorada.

El despacho recepción de Trainer había sido bien acondicionado para recibir visitas.

Trainer fue conciso:

—Con los más asiduos, nos vemos obligados a solicitar colaboración. El bienestar que ofrecemos nos priva de dedicarnos a otros menesteres.

—Comprendo.

—Andamos escasos de combustible, y de víveres naturales.

—¿Y desea que yo contribuya? —sonrió Ulmer.

—Exacto.

—Bien. Si puedo...

—¿Cuál es tu sección?

—Salvamento, ya sabe.

—Entonces, dispones de un cupo de gas.

—Para el trabajo.

—No te será difícil traerme algunas cargas.

—Hummm. No sé.

—Dos por visita. No es mucho, a cambio de lo que te aguarda aquí.

—Mirado de ese modo...

—Todo tiene un precio, en esta vida. Es justo. ¿No crees?

—No hablemos más. Le traeré esas cargas. Claro que... andamos un poco justos.

—¡Oh! Dos cargas no es mucho.

—Para mí, no es nada —sonrió Ulmer, fingiéndose convencido y plenamente de acuerdo.

—Ha sido fácil entenderse contigo. Me gusta la gente comprensiva. ¿Sabes? Al principio, no me gustabas mucho.

—¿Por qué?

—Cuando el pobre Ronnie tuvo aquel accidente.

—Tal vez le hablé un poco fuera de tono. Bueno. Yo apreciaba a Ronnie.

—Claro, claro. Celebro haberte juzgado mal. Y ahora, ve a divertirte.

Cuando Ulmer dejó el despacho de Trainer, éste quedó pensativo. Su rostro se volvió súbitamente serio. Luego, hizo una llamada.

Al reunirse con Urda, la muchacha tenía algo de qué informarle:

—He estado vigilando, como me pediste. Ultimamente, se ha reunido con gente diferente. Creo que juegan a los naipes y a las máquinas de precisión.

—Eso no creo que tenga mucha importancia. ¿Qué más?

—Joanna. Pasan la mayor parte del tiempo juntos. Además, está Shora, su secretaria. A

menudo, se reúnen los tres, y sé que no quieren ser molestados.

—Tampoco es gran cosa. Las dos deben recibir los privilegios del jefe.

—No es todo. Hay algo más.

—Sigue.

—Hay otro personaje. Se llama Cino. Ignoro de dónde procede, pero suele reunirse con él, a solas. En su estudio. Pasan algún tiempo encerrados.

—Esto puede ser interesante.

La música cesó. Dejaron de bailar, y Ulmer sabía ya unas cuantas cosas para contárselas a Shan Long, sobre todo lo relacionado con Cino.

A su regreso a la T-127, puso en antecedentes a Shan Long de lo averiguado.

—¿Cino? ¿Cómo es? —preguntó el jefe del combustible.

—Ella me lo ha descrito. Es un sujeto de baja estatura y tez pálida. Por lo visto, no se prodiga mucho, y parece desear que su presencia no se note. Se encierra con Trainer, y pasan largo tiempo hablando.

—Tendré que consultar con las computadoras para saber a qué nave pertenece, y averiguar sus antecedentes.

—Bien. Espero que tengamos suerte. ¿Ha hablado con sus colegas?

—Sólo con algunos. Los de mayor confianza.

—¿En cuanto a las cargas de gas?

—No te preocupes. Las tendrás. Hay que seguir el juego a Trainer hasta que sepamos qué es lo que realmente se propone.

Algunas horas más tarde, Shan Long, junto con sus ayudantes, intentaban localizar en la computadora el nombre de Cino.

La larga búsqueda no dio el menor resultado.

Más tarde, Shan Long se entrevistaba con Ulmer.

—Puede tratarse de un nombre supuesto. Una clave que utiliza. Pregunta a tu amiga. Que intensifique su vigilancia. Si no consigue averiguar nada nuevo, tráela. Necesitamos una descripción para obtener su retrato.

—Shan Long, yo también he estado pensando. Un nombre no es mucho, pero, a veces, suena.

—¿Le recuerda algo?

—Sí, creo que sí. Lo leí en un libro... Trata del malestar de la Tierra, en los últimos tiempos del despotismo.

—Sigue.

—Hubo un jefe que pretendió levantar a las masas...

—¡Cierto! Cino Ciani —recordó Shan Long, a su vez.

—¡Exacto!

—Pero Cino Ciani no fue incluido en la expedición... No puede ser... —Shan Long quedó pensativo, para luego añadir:

—Juró vengarse.

—Cino Ciani era un sabio.

—Sí. Un hombre que intentó ser justo. Quería poner los descubrimientos en pos del bienestar a todo el orbe. Su doctrina era buena, pero no le escucharon. Creo que nunca se supo lo que fue de él.

—¿Alguno de sus antepasados le conocía?

—Mi abuelo. Y le admiraba, pero jamás logró tener tratos con él. Era persona no grata, en las grandes administraciones... Pero sabremos todo lo que nos interesa.

Shan Long volvió a encerrarse en su despacho privado, y accionó nuevamente la computadora. El cerebro memorizador programado para el recuerdo de la historia, comenzó a funcionar.

Shan Long tomó los datos precisos y, al término de largas horas de trabajo, había conseguido, en buena parte, lo que deseaba.

Cuando se reunió nuevamente con Ulmer, éste había pasado el tiempo de descanso

con todos los libros que tenía a su alcance, relacionados con la persona de Cino Ciani.

Shan Long le citó en el parque para hablar con tranquilidad.

—Temo que las noticias no sean muy buenas.

—Lo sé, Shan Long. Cino Ciani tenía grandes proyectos, que no pudo llevar a término, por falta de medios.

—Cierto.

—Lanzó varias predicciones, y fue el último en vaticinar el fracaso de lo que él llamaba

Supervivencia de los falsos privilegiados.

—Sí. Es exacto, y aún hay más. En aquella época, cien años antes, Ciani tenía un hijo menor, y aseguró que él sería el continuador de la especie, y el vengador de la humanidad ultrajada.

—Pero su hijo no puede vivir ahora. Han pasado cien años. Y ese Cino de ahora no puede ser ni siquiera el nieto.

—Pero sí el biznieto. Lo sabremos, en cuanto tengamos más datos de él.

Tras una pausa, los dos hombres debían pensar la misma cosa. Una idea fija, que les parecía monstruosa.

—Si eso se comprobara, Shan Long... Si ese Cino fuera un miembro de la familia de los

Ciani... Significaría...

—Que procede de la Tierra.

—Sí. Y que es el continuador de esa venganza... Puede que el ejecutor de la misma.

—Hable con su amiga del T44, Ulmer. Esto puede ser muy importante. Y además, urgente. ¿Sabe? El desgaste de los gases es cada vez mayor. Las fugas han aumentado. Están sabotando nuestra diaria producción, y las mismas noticias tengo de las otras naves afectadas.

—Haré lo que pueda, Shan

Long. Délo por seguro.

Ulmer regresó al T-44.

CAPITULO VII

Trainer recibió, con una sonrisa, las dos cargas de gas que Ulmer le trajo, como pago por su visita al planeta del Placer.

Luego, al entrevistarse con Urda, ella le manifestó:

—Cino está aquí. Sé que se encuentra en el estudio privado de Trainer.

—Tengo que verlo. —Y sacó de uno de sus bolsillos una pequeña cámara fotográfica automática, no mayor que un antiguo sello postal, de los que figuraban en los retratos de la Historia.

—Iremos paseando por el corredor, cerca de la salida. Ya lleva bastante tiempo aquí.

—Trainer me ha recibido a mí. Puede que esté despidiendo a ese individuo. Démonos prisa.

Avanzaron rápidamente por el corredor, procurando que su prisa no llamara la atención. Se cruzaron con Joanna, y aminoraron la marcha, fingiendo que hablaban de sus cosas. Luego, se apresuraron nuevamente, hasta llegar a las proximidades de la salida.

—¡Es aquél que habla con Trainer! —indicó Urda, contenta de haber llegado a tiempo. Se aproximaron más, y Ulmer, escondiendo la cámara en la palma de la mano, ligeramente ahuecada, la encaró hacia Cino que, a su vez, se detuvo un instante para

clavar su mirada en él.

Los ojos de ambos permanecieron unos instantes fijos entre sí.

Ulmer accionó dos veces la palanca, y dos inaudibles chasquidos indicaron que un par de fotografías habían sido realizadas.

Cino y Trainer se alejaron hacia el bólide del primero, que comentó:

—Era él. Debe tener cuidado. Ya le advertimos. Trainer sonrió.

—Cálmese, Cino. Lo sé. Está bajo mi control.

—No se descuide. Deberá hacerle desaparecer, en cuanto reciba la orden.

—De acuerdo. Y buen viaje.

Recuerdos... al maestro. Cino sonrió, y se metió en el bólide.

Poco después, y, desde un ventanal, Ulmer y su compañera le vieron desaparecer en el espacio.

—Daría cualquier cosa por saber dónde se dirige —murmuró él.

—¿No podéis averiguar de dónde procede?

—Si nuestros cálculos no son equivocados, procede de la Tierra.

—No es posible.

—Hoy mismo lo sabremos.

A su regreso, Ulmer pudo entregar las dos fotografías, perfectamente nítidas, de Cino. Shan Long trabajó con ellas en la computadora, en unión de sus ayudantes, mientras, por su parte, Ulmer, en uno de los libros, hacía un descubrimiento, que no le sorprendió demasiado.

Alguien, muy parecido a Cino, estaba fotografiado en uno de los libros de historia. Era Cino Ciani, el llamado sabio maldito, por una generación despótica y egoísta.

El Cino que Ulmer había conocido, poco antes, era el vivo retrato de Cino Ciani, el hombre que había asegurado que los supervivientes de la Tierra se vengarían de aquella

raza privilegiada, que los abandonaba a su suerte.

Cuando Shan Long se reunió con Ulmer, su aspecto no podía ser más expresivo.

—Es su biznieto, como nos temíamos.

—Lo sabía. —Y le mostró la fotografía del libro de Historia.

—Procede de algún lugar cercano. Hay que suponer que ese lugar está en el planeta K.

—Bien. ¿Qué piensa hacer?

—Primero, debemos conocer sus planes.

—De momento, se le supone responsable de nuestra falta de gas.

—Sí. Pero ignoramos de qué medios se vale.

—¿Cómo comprueban las fugas?

—Por medio del cerebro rector, que programa la producción y analiza los resultados. En este aspecto, no hay problemas. El cerebro funciona perfectamente. Está controlado.

Poco después, Shan Long, en su cometido habitual, hacía un nuevo repaso en los laboratorios.

En el pupitre central, los ojos mágicos del cerebro transmitían los datos.

La licuación de gases se producía al ritmo adecuado y, en la casilla correspondiente, se reflejaban los guarismos que indicaban el aumento de kilos del combustible almacenado.

Al concluir la tarea, la cifra quedaba grabada en la pantalla durante un buen rato.

Luego,
comenzaba
a
disminuir.

—Pérdida, pérdida, pérdida —repetía el control, por medio de las letras en rojo. En pocos instantes, los gases almacenados quedaban reducidos a la mitad.

Las toberas exteriores no mostraban ningún desperfecto. Shan Long lo comprobó, una vez más, con el cerebro.

—Intactas, señor —repetían, una y otra vez los ayudantes.

¿Por dónde se producía, pues, la pérdida?

En los talleres, donde los obreros laboraban en la destilación, no se producía ningún desperdicio. Se almacenaban los gases exteriores para que, después del transcurso de la elaboración química, se convirtieran en aquel gran descubrimiento que había sido el gas espacial.

—Los depósitos están vacíos —informó el jefe de laboratorio—. Hemos trabajado a tope.

Shan Long pensó que, una vez más, el trabajo había sido baldío.

—Todo funciona, todo está bien, pero el gas se evapora, se

volatiliza.

Ya en su morada, pensaba constantemente en aquel problema insoluble, y hablaba de ello consigo mismo, ante la mirada comprensiva de su bella hija Lara.

—El sabotaje tiene que efectuarse desde aquí... Pero ¿cómo?

Todo está controlado.

¿Cómo? ¿Quién?

—Papá... Deberías descansar. Ultimamente, ocupas todo tu tiempo de descanso, no duermes, no te relajas.

—Déjame, Lara. Lo siento, primero tengo que resolver los problemas.

Un comunicado interrumpió sus pensamientos. El zumbido del transmisor reclamó su atención. Lara se había puesto al habla.

—Línea directa desde la T-37.

—¿La T-37? Bien. Hablaré.

Shan Long se dirigió hacia la instalación particular de aparatos, y se puso en contacto con su comunicante.

—Habla Stoler. Estamos perdiendo estabilidad, por escasez de gas.

—Sí, Stoler, te escucho.

—Vosotros sois los más próximos. Sé que andáis escasos, pero, si pudierais proporcionarnos el suficiente para aproximarnos al T-200, que es el siguiente en aproximación... Ellos no tienen problemas.

—Me gustaría ayudarte, Stoler, pero mis reservas son muy escasas. Dentro de un par de días, me encontraré en la misma situación que vosotros.

—Comprendo.

—El gas que podría darte sería insuficiente para alcanzar la 200.

—Y observó el gráfico, pulsó unos botones y corroboró—: Necesitarías el doble de carga de la que podría darte, Stoler. De veras que lo siento. Puedes arreglártelas de otro modo.

—Sí, lo sé. Mantenerme a flote, y lanzar una llamada de socorro.

—Es lo que haré yo, cuando me ocurra, Stoler.

—Temo perderme, Shan Long. Estoy utilizando la reserva. Si quito presión, me expongo a quedarme flotando. Esto sería peligroso, pero ya veo que no puedes ayudarme. Quedaríamos ambos en las mismas condiciones.

—¿Qué harás, Stoler?

—No lo sé. De veras...

—¡Espera! Puedes acoplarte a mi cola. Unificaremos los conductos, y pediremos socorro.

—Lo intentaré, Shan Long, pero no sé si va a ser posible.

—Utiliza los cohetes de la fuerza de escape. Avanzarás sin necesidad de combustible.

¿Te
acuerdas
de
manejarlos?

—Nunca lo hice, pero lo intentaré. Gracias, Shan Long.

Long salió de su vivienda y, poco después, daba el aviso general.

—La T-37 se pegará a nuestra cola. Navegaremos juntos hasta que haya arreglado sus problemas de combustible. No hay motivo de alarma.

A partir de aquel momento, la nave T-37 comenzó la operación de aproximación.

En el espacio, surgieron los fogonazos de los cohetes propulsores, y la nave en estado de emergencia avanzó, tras una fuerte sacudida.

Narbona, el encargado de la vigilancia, observaba por las pantallas, con Shan Long a su lado.

—¡Cuidado, T-37! Se aproxima a demasiada velocidad. Reduzca la marcha. La voz del jefe de Rumbo sonó al otro lado:

—Lo estoy intentando, pero di demasiada presión de empuje.

—¡Suelte los frenos!

Llegó en aquel instante el jefe de Rumbo de la T-127.

—No he podido llegar antes. Lo siento.

—Hemos empezado sin usted —repuso Shan Long—. Ellos no podían esperar.

—Deje eso, Narbona; yo les guiaré.

—¡Fíjese, señor! Están demasiado cerca.

El jefe de Rumbo comprobó el peligro, y lanzó una llamada de emergencia;

—Suelte los frenos, suéltelos, o van a estrellarse.

—Apártense —replicaron—. Es imposible dominar la fuerza de escape.

—¡Vamos, tenemos que maniobrar, antes de que sea demasiado tarde! —exclamó el de la T-127.

La pericia de un buen director se ponía a prueba en una maniobra rápida como aquélla, y el jefe de Rumbo accionó los mandos precisos para hacer descender la nave.

La sacudida fue notada por casi todos los ocupantes, que salieron de sus moradas, alarmados.

Narbona les calmó, mientras tenía los ojos puestos en la pantalla retrovisora, y veía la proximidad del planeta.

—Mantengan la calma, pero sujétense a los cinturones de seguridad.

Procuraba mantener firme y serena la voz, pero sus ojos se dilataban, ante la proximidad del choque.

—¡Apártese T-127, apártese! —exclamaban en la nave averiada.

La distancia parecía imposible de salvar. Era demasiado próxima, pero el jefe de Rumbo pulsó a tope, al tiempo que accionaba los estabilizadores.

En aquel instante, la nave sufrió un rudo descenso y vieron pasar por encima de su techo a la averiada.

—Por poco —suspiró Narbona, tragando saliva.

—¡Ahora! He podido dominarla. Buen trabajo, T-127.

—Y buen susto. Ande, póngase delante. Seremos nosotros los que procedamos al enganche.

—Bien, lo intentaré.

—Voy a aminorar la marcha para facilitarles la operación. Creo que andan muy mal —

murmuró el jefe de Rumbo de la T-127.

Entonces se oyó la voz del jefe de la nave averiada:

—Es imposible, estamos como flotando.

—Mantenga la nave quieta.

—He dicho que no puedo. Dentro de poco, seremos tragados por la sima espacial.

—No pierda la calma, T-37.

—¡Es inútil! ¡Nos vamos!

—¡Manténgase, T-37! Tiene una posibilidad, suelte los cohetes, y regrese a la Tierra. Cuando entre en órbita, podrá dominar la nave. Pediremos socorro para que vayan a echarles una mano.

No hubo respuesta.

—¿Me oye, T-37? Diríjase a la Tierra, y tome precauciones. No salgan hasta que no reciban la ayuda. Empezamos a transmitir la llamada de socorro.

—De acuerdo. Es la única solución viable.

Poco después, la nave soltó otros impactos propulsores, y se perdió en el abismo espacial, rumbo a su planeta de origen.

—¡Ojalá tengan suerte! —exclamó Shan Long, en un murmullo.

—Llegarán —sentenció el jefe de vuelo—. Vamos a lanzar la llamada de socorro.

A través de la pantalla, Ulmer había seguido las peripecias, en la residencia de Shan

Long.

Lara le atendió para decirle que su padre se había dirigido a la sala de mandos, y le rogó que se quedara. El joven había sido testigo de lo ocurrido, y se mostraba pensativo y preocupado.

—Papá no quiere hablar, pero sé que ocurren cosas graves —murmuró ella.

—Tu padre trabaja para subsanarlas. ¿Sabes? Creo que, para comprenderle, hay que estar cerca de él. Es un gran hombre, con un gran sentido de la responsabilidad.

—

Lo
sé.

Se hizo un silencio, que rompió

Ulmer para murmurar:

—No he tenido ocasión de hablar contigo, desde la última vez... Y quiero que sepas que sentí mucho lo de tu hermano. Si hubiese podido impedirlo... Pero...

—No te disculpes. Fue un lamentable accidente. Y miró significativamente a Ulmer.

—No tenemos
pruebas de que no
fuera así.

—No. Pero...

Le mataron,
¿verdad?

—Creo que sí —
respondió Ulmer,
al fin.

—

¿Trainer?

—O
alguno
de sus
cómplices.

Ella se llevó las manos al rostro, y luego las sacó, tratando de mostrarse serena.

Luego, volvió de nuevo un largo silencio, y los acontecimientos reflejados en la pantalla recabaron la atención de ambos.

—Mira. La T-37
se aproxima a la
Tierra.

—

Sí.
Ya
veo.

El
transmisor
informó:

—Atención. La T-37 aproximándose al planeta Tierra. En seguida recabaremos información. Por ahora, el vuelo se ha efectuado sin complicaciones...

—¿Crees que correrán algún peligro en la Tierra? —preguntó Lara, mirando a Ulmer.

—Dentro de la
nave, estarán
protegidos.

—Quizá nosotros tengamos que regresar también.

¿Verdad que piensas esto?

—

Podría
ser.

Poco después, la nave T-37 se posaba en una superficie difusa. Entonces, llegaron las primeras noticias.

—Sin novedad. El vuelo ha sido magnífico. El aterrizaje, perfecto. Aquí es de noche, y no se puede ver nada, pero una cosa es cierta. Los detectores no señalan ninguna clase de contaminación. La atmósfera da una graduación muy aceptable. Creo que mañana saldremos a estirar las piernas. Aquí, todo el mundo desea conocer el planeta de sus antepasados.

—Bien, si creéis que no hay peligro, explorad, pero tomad precauciones. Es un consejo

—

repuso
el jefe
de

Rumbo.

Fue en aquel momento, y mientras su colega, desde la Tierra, iba a decir algo más, cuando las pantallas ennegrecieron, y la voz quedó cortada.

—Una interferencia —murmuró Ulmer—. Espero que la resuelvan pronto.

Pero la avería se prolongó durante todo el tiempo de descanso, durante toda una noche del planeta Tierra.

Al día siguiente, la comunicación seguía sin poder establecerse. La T-37 continuaba incomunicada.

CAPITULO VIII

La T-200 anunció su proximidad al planeta Tierra, pidiendo confirmación sobre la situación de la incomunicada T-37.

Cuando Narbona, al cargo del control, le facilitó los datos, la respuesta sorprendió a todos:

—Estamos volando sobre el punto descrito, pero aquí no hay el menor rastro de la T-

37.

—Busquen bien. La situación es exacta. Lo he comprobado.

—Nos aproximaremos más —replicaron, de la T-200.

Quien más quien menos, seguía pendiente de aquella operación. Todos querían ver de cerca el planeta Tierra, y ello sería posible, gracias a las cámaras que portaban las naves que ya se hallaban en ella.

Pero la T-37 no retransmitía imagen alguna. Las pantallas continuaban mostrando interferencias, y la T-200 sólo captaba la superficie en un plano demasiado lejano todavía.

La búsqueda mantenía pendientes, tanto a los que tomaban parte en ella, como a los miles de habitantes de las distintas naves.

Era el primer caso, en un siglo, que uno de los planetas artificiales había tenido necesidad de posarse en la Tierra, «de regresar», y eso resultaba emocionante para todos, especialmente por las posibles consecuencias.

—Tal vez podamos regresar todos —se manifestaban algunos.

Otros opinaban que en las naves ya estaban bien, y que el concepto de interinidad se había superado, con el transcurso del tiempo. Los supervivientes ya eran hijos de aquellos planetas artificiales, y se habían acostumbrado a aquella forma de vida.

—Siempre es interesante conocer el lugar de origen de nuestros antepasados. Otros miraban el pasado, con cierta ira.

—No supieron conservar su habitáculo. Lo autodestruyeron. Nada me liga a ese planeta —decían, con desdén.

En el T-44, eran muchos los que se mostraban indiferentes. En una sala inhaladora, especialmente construida, recibían los placenteros aromas de una nube, que embriagaba a sus visitantes.

Sentados o recostados en tumbonas especiales, soñaban, merced a los vapores de la inhalación, a que eran

sometidos voluntariamente.

Pero no todos alcanzaban el privilegio de gozar de aquellos placeres artificiales, sabiamente cultivados en los campos de la nave-planeta, ya convertidos totalmente en grandes productores de droga. Injertos de diferentes plantas, hábilmente combinados, producían, en grandes cantidades, aquella hierba que, posteriormente trasladada a los hervideros, desprendía los suaves vapores, al alcance tan sólo de quienes podían pagar el alto precio que exigía Trainer.

Víveres, combustible, materiales, oxígeno, y todo lo que se obtenía en los restantes planetas rodantes, iba a parar al T-44.

Urda consiguió observar, a través de una pantalla de circuito privado, instalada en el estudio particular de Trainer, los efectos que la droga producía en los inhaladores.

Hombres y mujeres, embriagados por el sopor, se entregaban a todos los actos degenerativos imaginables. Una orgía indescriptible tenía lugar, ante los atónitos ojos de la joven, en su afán de obtener datos, que posteriormente pudiera transmitir a Ulmer.

Embobada en aquella auténtica bacanal del Espacio, Urda no captó la proximidad de Trainer, que se dirigía a su estudio privado.

Ulmer, por su parte, seguía la trayectoria de la T-200, en su periplo de búsqueda a la 37, averiada. Continuaba al lado de Lara, que igualmente observaba, a través de la pantalla, el desplazamiento del planeta rodante.

De pronto, a través de las pantallas, llegó la voz del jefe de Rumbo:

—¡Ya tenemos la nave! Parece que se ha movido del lugar previsto. Inmediatamente, las cámaras enfocaron la T-37, que descansaba sobre un llano.

—Vamos a intentar comunicación —dijo la voz de la T-200.

Se produjo una intercomunicación general, y se escucharon las palabras del técnico en transmisiones:

—Llamando a T-37. Llamando a T-37.

Contesten. Aquí, nave T-200. Pero no se obtuvo respuesta.

—Pueden vernos. Hagan señales. Hagan señales. Esta mos evolucionando sobre ustedes. Atención. Hagan señales —dijo entonces la voz del jefe de transmisiones. Todos esperaban aquellas señales, consistentes en el lanzamiento de un cohete, que tampoco se produjo.

—Es extraño —dijo alguien de la nave de socorro—. No contestan. Puede que no nos oigan, pero, en cambio, sí pueden vernos.

—Hay que tomar tierra —repuso otra voz.

Rápidamente, el jefe de Rumbo tomó las medidas necesarias, e informó de su decisión:

—Descenderemos.

Shan Long tomó la palabra:

—Me permito sugerirles que adopten precauciones. Lo que ocurre no es normal.

—Ya lo he notado. Daré orden de que nadie se mueva. Una vez en Tierra, mandaré al grupo de rescate.

La emoción entre los que contemplaban la operación de toma de

tierra aumentaba. La intriga por lo ocurrido a la nave averiada era igualmente motivo de comentario.

Trainer llegó en aquel momento al despacho. Urda intentó esconderse, pero ya era demasiado tarde.

—¿Quién te ha dado permiso para entrar aquí? —inquirió Trainer, con voz agresiva.

—¡Oh, perdón! Le... estaba buscando —mintió ella.

—No se puede entrar en los despachos privados, sin permiso, Urda... ¿Qué estabas espiando?

La pregunta resultaba obvia, a consecuencia de las imágenes que llegaban a través de la pantalla.

—No espiaba, Trainer.

—¿No, eh? ¿Quién te ha dicho que lo hicieras? ¡Contesta! —Y Trainer sujetó

violentamente a la muchacha por un brazo, zarandeándola.

—Nadie. Sólo... —tragó saliva, inventó una excusa—. Sólo quería saber lo que pasaba en la «Sala Especial». Alguien me habló de ello...

—

¿Quién?

—

Una
compañera...

Trainer

fingió
creerla.

—

¡Ah!

¿Y
te
interesa?

—Bueno.

Parece que lo
pasan bien.

—Eso tiene fácil arreglo.

Puedo destinarte ahí.

Urda palideció.

—Lo que ocurre es que tendrás que dejar de ver a tus amigos. ¿Comprendes?

Trainer había remarcado la palabra «amigos», pues, en realidad, sabía que Urda, desde hacía ya algún tiempo, sólo tenía a uno: Ulmer.

La
muchacha
guardó
silencio.

—Con el tiempo, todos aceptarán esto como una realidad de nuestra época, pero ahora es prematuro todavía. ¿Entiendes? Por eso quien participa de las fiestas supremas, no puede circular libremente. Es un pacto.

—

Bueno.

Yo...

—Decidido, jovencita... Cada vez voy a necesitar más voluntarias para esa sala, que tanto te gusta... Así que, desde ahora, contaré contigo.

—Déjeme pensarlo.

No estoy muy decidida.

—Lo he decidido yo por ti... —Y

Trainer pulsó un timbre.

—Bueno.

Deje que

me

marche.

Trainer se interpuso, y aguardó hasta que apareció Joanna, una de sus más fieles colaboradoras, quien miró a su jefe y a Urda, y pareció comprender.

Trainer, con

voz suave,

murmuró:

—Desde ahora, cuidarás personalmente de Urda. Ha elegido colaborar en la sala de las inhalaciones.

—

¡No,

esperen!

Joanna se aproximó a Urda, y

la tomó por un brazo.

—Bienvenida,

querida. Ven

conmigo.

—

¡No!

—Vamos... No te va a ocurrir nada —sonrió Joanna, con un brillo muy extraño en sus ojos.

—¡No! —ella trató de zafarse de la presión de la otra, pero Trainer se aproximó, llevando en sus manos un pequeño objeto. Era un inyectable.

—

¡Sujétala!

Joanna demostró tener buenas cualidades, en la práctica de llaves atacantes. Con una de ellas inmovilizó a Urda, que recibió un pinchazo en el muslo.

Instantáneamente,

se

desplomó.

—Llévatela —ordenó Trainer a Joanna, que asintió con una sonrisa.

En aquellos momentos, y por todas las pantallas, se pudo observar la toma de contacto de la T-200 en la gran explanada, junto

a la nave averiada por falta de combustible.

La imagen del
jefe de Rumbo
anunció:

—Toma de contacto sin novedad. Tratamos de ver el interior de la T-37, pero, desde aquí, tampoco recibimos imagen. Sin embargo, todo parece tranquilo, aunque no vemos a nadie.

Las cámaras mostraron una panorámica de los bosques y parques, en el interior de las monumentales esferas. Algunos de los corredores, recubiertos de material transparente, se veían igualmente vacíos.

En los transmisores, llegaban llamadas dirigidas a la T-37.

—Estamos junto a ustedes. Todo lo más cerca posible.

¿Todavía no pueden vernos? Silencio. Un extraño e incomprensible silencio.

La voz de uno de los encargados del ambiente atmosférico indicó:

—Temperatura agradable, unos 22 grados centígrados. Contaminación, cero. Y el cerebro correspondiente dio la fórmula ideal de la mezcla de nitrógeno y oxígeno.

Luego, una voz dijo:

—Parece que un siglo ha sido suficiente para purificar la atmósfera. Da gusto dar un paseo.

Junto a la pantalla en que estaba observando Ulmer, comentó a Lara:

—Sin embargo, en las panorámicas no hay vegetación.

—¿A qué es debido? —inquirió ella.

—Tal vez sea la zona elegida.

Otra panorámica mostró lo más parecido a un desierto.

—¿Qué lugar es éste?

—No lo sé, pero... —Consultó los datos del punto facilitado por la nave, y luego, hizo unas comprobaciones en uno de los libros de la mesa de trabajo de Shan Long.

—Ya lo tengo; según los datos, esto forma parte del antiguo continente americano —siguió buscando y añadió—: Se trata de un lugar extraordinariamente feraz. No es un desierto... Sin embargo, no existe hierba.

Observó, de nuevo, los datos sobre atmósfera y temperatura, y frunció el entrecejo.

—Es extraño.

—La polución debió matarlo todo.

—Pero hace tiempo que los datos que recibimos son favorables.

—¡Mira! Creo que se disponen a bajar —murmuró ella.

El grupo de salvamento, compuesto por cuatro hombres sin escafandras, y equipados con armas, descendían de la nave T-200. Una voz indicaba los nombres de la pequeña expedición, portadora de transmisores y una mochila completa de elementos útiles para casos como aquél.

Los cuatro hombres, ya en Tierra, informaron:

—Verdaderamente, el clima es agradable, pero la tierra es muy seca, como si llevara un siglo sin llover.

—Bueno, vamos allá —dijo otro.

—Será mejor utilizar un bólide. Estamos a unos setecientos metros de distancia. Alguien les facilitó un bólide de cuatro plazas, que se deslizó por la rampa.

—Suerte, muchachos. Yo me iría con vosotros, pero el jefe no quiere. Sois los primeros en pisar la Tierra desde hace un siglo.

—Tú también la estás pisando, Burns.

—¡La tierra de mis antepasados! —sonrió el llamado Burns. Luego, dejó el bólido para quedarse en pie, junto a la rampa de salida, desde donde vio marchar al grupo hacia la T-37 que, con los módulos adicionados, ofrecía todo su aspecto monumental de metal acristalado.

El bólido rodó bien por la reseca tierra hasta llegar a una de las entradas de la nave averiada.

—¡Eh! —gritó uno—. La puerta está cerrada.

—Utilicen los controles remotos. Tomen nota de la clave. —Y la voz, procedente de la 200, facilitó la clave para la apertura de la puerta en casos de emergencia.

Todas las pantallas reflejaron el momento en que la puerta se descorría.

—¡Adentro, muchachos! —murmuró uno.

Hubo una ligera indecisión. Allí ocurría algo. Algo anómalo, algo cuyo secreto sólo podía hallarse en el interior de aquel gigantesco planeta rodante.

CAPITULO IX

Los cuatro hombres se habían dividido en dos grupos para registrar la nave.

Las cámaras podían seguirles. Igualmente, sus voces y sus comentarios llegaban a través de los transmisores:

—Parece que no hay nadie.

La sala de control general apareció absolutamente vacía.

El otro grupo atravesó un largo corredor para llegar a la fábrica de combustible.

Todo funcionaba a través de las máquinas y de los cerebros ordenadores, pero no quedaba un solo ser viviente.

—Se han largado todos.

—Veamos en el compartimento de emergencia —dijo otro.

Los cuatro coincidieron en una de las amplias dependencias, y, cada vez más preocupados, avanzaron hacia la indicada sala de emergencias. Hallaron la puerta cerrada.

Tres prepararon sus armas, mientras el cuarto empujaba la puerta violentamente. Una rápida vista general permitió ver la sala, totalmente vacía.

—¡Eh, mirad aquello! —murmuró uno de la expedición.

La cámara enfocó hacia un rincón del suelo, entre butacas, donde aparecía un objeto inconcreto en la distancia.

Poco a poco, el objeto empezó a tomar forma. Era un muñeco. Un muñeco representando a un astronauta de la última década de la existencia activa de la Tierra.

—¿Qué demonios es esto? —inquirió el que había recogido el muñeco.

—¿Quién fabrica esas cosas? Es de un material plastificado. Una voz del

T-200 lanzó la pregunta:

—Vean si tiene alguna inscripción en la base.

El muñeco, después de pasar de mano en mano, y ser atentamente observado, mostró la inscripción:

—Modelo 1.022 Halfter. USA —repitió uno de los de la plantilla de salvamento. Tras un silencio, alguien descifró:

—Halter era una fábrica de juguetes de California. Este muñeco, por supuesto, se dejó de fabricar hace más de un siglo. Ninguna de nuestras naves manufactura nada parecido.

Lara y Ulmer
cambiaron una
mirada.

—Tiene que pertenecer a alguien de... allí —murmuró ella,
señalando la pantalla.

—

Es
posible.

—

Eso
significaría
que...

—Sí, Lara... Puede haber gente allá abajo, gente viva. Ese muñeco
no ha ido solo a la nave.

—¿Y los que estaban en ella, en
la nave, dónde están?

La pregunta de la muchacha quedó flotando en el aire, mientras se
cursaban órdenes a los de la patrulla:

—Tengan cuidado. Cierren bien todas las puertas. Sigán registrando. Vayan primero a la sala de transmisiones, y procuren arreglar la avería. Ello nos permitirá ver todos los rincones de la nave.

Los cuatro avanzaron hacia el lugar donde les había sido ordenado. Utilizaron el bólido, y

uno de ellos continuaba llevando consigo el muñeco encontrado.

Al llegar a la sala de control, comprobaron que, aparentemente, todo estaba en orden. Todo, excepto el cerebro central, distribuidor de los respectivos controles audiovisuales.

—¡Eh! —dijo

uno—. Fijaos en esto.

La cámara enfocó unos cables. No cabía duda de que habían sido cortados.

—¿Por qué lo habrán hecho? —dijo uno.

—Tardaremos algún tiempo en arreglarlo —manifestó otro, dirigiéndose a su jefe.

—Bien, inténtelo y comprueben las puertas. Dense prisa.

El nerviosismo cundía, aunque todos procuraban dominarlo. Era un estado de tensión ante lo desconocido.

Un golpe seco sonó en alguna parte.

—¡Allí! —exclamó alguien, señalando una de las puertas de la sala.

Dos hombres se dirigieron hasta el lugar, seguidos por la cámara, que maniobraba desde la T-200, a través de los transmisores portátiles de cada uno.

Al otro lado de la puerta, la sala estaba completamente oscura, por lo que las cámaras no pudieron reflejar lo que había allí.

De pronto, se oyó un grito:

—¡Ag!

—¡Chris! —chilló la voz del compañero.

Las pantallas se llenaron de interferencias. Lo único que consiguió oírse fue un chasquido, y la comunicación quedó totalmente cortada.

—¡Atención! ¡Atención! —advirtió la voz desde la T-200.

La respuesta de los cuatro miembros de la patrulla ya no pudo llegar.

Tras unos momentos de duda, se produjo otro chasquido, y bruscamente irrumpió la voz de la sala de control general:

—¡Cielo santo! ¡Emergencias! ¡Emergencias! ¡Que todo el mundo se proteja! ¡Corran a la sala de emergencias!

Un acoplamiento de voces surgió de todas las estaciones de los

diferentes planetas

rodantes, preguntando qué era lo que estaba sucediendo.

—¡Emergencias, conteste! ¿Qué es lo que ha visto?

¡Emergencias! ¿Qué ocurre?

Se produjo algo parecido a un grito ahogado. Luego, las pantallas se llenaron otra vez de interferencias.

Pudo verse una última imagen, algo borrosa, en la que unas mujeres corrían, llenas de terror, por uno de los corredores para dirigirse a las salas de emergencias.

Una voz preguntó todavía:

—¿Qué ocurre?

—

¡Alerta
general!

Fue
todo.

El silencio que se produjo a continuación dejó mudos a los miles de espectadores que habían sido testigos de las incidencias.

La pregunta flotaba en el aire. ¿Qué había sucedido? ¿De quién tenían que defenderse los ocupantes de las naves?

¿Qué les había ocurrido a los de la T-37? ¿Y qué les estaba ocurriendo, en aquellos instantes, a los de la nave salvadora?

Todas las naves lanzaron lluvias de preguntas. Cada cual, por su canal, intentaba obtener una respuesta, pero la T-200 continuó muda.

Alguien avisó al preocupado jefe, Shan Long:

—Señor... Estamos agotando el combustible.

—Me lo temía —repuso Shan Long.

—Precisamos de una ayuda urgente.

—La pediremos, aunque mucho me temo que... nuestro inmediato destino sea la

Tierra.

Y, precisamente, iban a dirigirse allí en un momento en que las cosas en el planeta no estaban nada claras y un peligro oculto acechaba.

En algún lugar, Cino, frente a una sombra, murmuró:

—Todo parece que va ocurriendo de la forma prevista.

—Sí —replicó la voz grave de quien le acompañaba.

—Ahora le toca a la T-127.

—Una a una, irán cayendo.

—Pero existe el riesgo de que se unan, maestro. Todavía no está todo demasiado resuelto.

—Lo está —repuso la voz.

Cino sonrió. Cino debía tener una gran confianza en aquel a quien llamaba maestro. Shan Long había pedido ser suministrado desde el espacio.

—Nos queda suficiente combustible para un acoplamiento —transmitió a la T-194, que era la más próxima—. Podemos navegar juntos.

—Pasaré la petición a los jefes —le respondieron—. Ahora están juntos, deliberando sobre lo que todos hemos visto. Algo grave e imprevisible está ocurriendo. Se dice que pretenden destruirnos. ¿Qué se opina por aquí?

—Nada, de momento —repuso Shan Long—. Ahora tenemos el problema del combustible.

—¡Espere un momento, Shan Long! Nuestro jefe de Rumbo quiere mandar una proclama general.

Poco después, la voz de la nave T-194 llegaba a las otras:

—Solicitamos reunión de jefes para adoptar medidas. Reunión general en nuestra nave, dentro de una hora. Debemos tomar importantes decisiones.

Shan se dirigió a su estudio, en el momento en que Ulmer se despedía de Lara.

—Quería hablar contigo, Ulmer, respecto a esta reunión.

—¿Acudirá usted?

—Necesariamente debemos acudir todos. Quisiera informar lo más ampliamente posible sobre la T-44. ¿Has averiguado más cosas últimamente?

—No. Esperaba a que terminara la operación de salvamento para ir a ver a Urda,

—Ve ahora, y regresa con ella, si es posible.

—Sí, señor.

—Parece que los asiduos de la T-44 no quieren ser demasiado explícitos. Ella será un buen testigo. ¿No crees?

—Por supuesto, pero...

—¿Temes por ella?

—A Trainer tal vez no le guste. Quizá tome represalias. No me fío de él.

—Comprendo. Bueno. Quizá será un buen momento para tratar de ese asunto del que hablamos.

—¿Se refiere al libre intercambio de naves?

—Sí. Expondré el asunto. Supongo que a más de uno se le habrá planteado también.

—Bien, así no hay problema. Si cada cual puede elegir la nave donde quiere vivir, Urda se quedará con nosotros.

—Eso no sé si será posible. Vamos a ser acoplados a la T-194.

—¿El combustible?

—Sí. Desgraciadamente, hemos llegado donde temía. Tras un silencio, Shan Long añadió:

—Bueno. No pierdas tiempo. Ve a ver a Urda y tráetela.

—Sí, señor...

Ulmer se dirigió a preparar su marcha, como tantas veces. Lo que ignoraba es que, en esta ocasión, Urda no podría esperarle, como solía hacer siempre.

No podría esperarle porque la muchacha ya no circulaba libremente como los demás. Urda estaba a merced de Joanna.

CAPITULO X

Urda había despertado, tras el fulminante sopor que la dejó inconsciente, y se encontró en una litera, protegida con fuertes rejas.

Era uno de los nuevos compartimentos, realizado secretamente en la T44.

La capacidad para doce personas, distribuidas en tres grupos de cuatro literas cada uno, y todas ellas protegidas con rejas.

Urda había sido despojada de sus ropas, y ahora yacía, tumbada en la cama, a medio metros del techo, y sin apenas poder moverse. Las rejas, naturalmente, le impedían saltar.

Miró en derredor, y vio que era la única ocupante de aquella extraña cárcel, incomunicada por completo.

Gritó, pidiendo auxilio, aun a sabiendas de que su voz no sería oída en absoluto.

Aunque en eso se equivocó, porque un micrófono llevó su grito hasta la sala contigua, que era una especie de estancia privada de Joanna, que dejó de observar las imágenes de la pantalla, que reflejaba la llegada de visitantes para dirigirse, a través de un corredor, hasta la única puerta que comunicaba con la cárcel.

De este modo, Joanna no pudo ver la llegada del bólico de Ulmer que, en aquellos momentos, entraba en la T-44.

Ulmer, después de dejar el vehículo en el aparcamiento correspondiente, buscó con la mirada a Urda, que generalmente le esperaba en la barandilla de la sala.

Al no verla, avanzó, algo extrañado, mientras Joanna entraba en la cárcel de las literas.

—Ya te he oído, pero no te esfuerces porque estás completamente aislada.

¿Comprendes?

—¿Qué pretendéis hacer conmigo?

—Tú misma lo has elegido. ¿No es verdad?

—Dije que lo pensaría.

—Lo hemos pensado por ti, preciosa. De modo que hazte a la idea de que nada, «ni nadie», podrá cambiar tu destino. Si te portas bien, todo irá mejor, especialmente para ti.

—¡Esto es un secuestro!

—Tómalo como quieras, pero te conviene no crearme problemas..., si quieres seguir disfrutando de la vida en el mejor de los planetas rodantes.

—Ulmer se extrañará de no verme —dijo, y luego lamentó haberlo hecho. Joanna sonrió con aire siniestro.

—Sería una lástima que Ulmer nos creara problemas. Una lástima para él, claro...

—Comprendo... Pensáis matarle. Como al hijo de Shan Long.

—¿Eeeeh?

—Fue un crimen. Y lo cometiste tú. Lo del accidente lo inventasteis. Ahora lo comprendo. Tú recibes órdenes de Trainer. ¡Sois unos asesinos!

—Bien. Si tú lo crees..., quizá te convenzas de que tenemos medios suficientes para impedir que nadie se interponga en nuestras decisiones... Así que pórtate bien. ¡Ah! Te traeré un tonificante.

—¡No quiero nada!

—No conviene que enflaquezcas. Una chica de la sala de inhalaciones debe conservar su prestancia. Y tú no estás mal.

—Prefiero morir, que ir a parar a ese sitio.

—Bueno, allá tú. Puedo inyectarte. Te daré vitaminas de las que abren el apetito.

—¡No!

—¡Basta ya! Aquí no te servirá de nada tu tozudez. Voy por la inyección.

Y Joanna desapareció, mientras Ulmer, cada vez más extrañado, proseguía buscando a

Urda.

Preguntó por ella a otras compañeras, pero la respuesta era siempre la misma:

—Hace rato que no la veo. No sé, quizá deba estar en algún reservado particular.

—¡Imposible! —exclamó Ulmer.

—No estés tan seguro.

Sonreían. Ulmer no era el primero a quien su dama acababa por preferir a otro. Sin embargo, él sabía que su caso era distinto. Sabía que Urda le profesaba algo más que una buena amistad. Sus sentimientos eran más profundos.

Cruzó varias veces la sala principal, y buscó incluso en las otras que, con menos luz, facilitaban las conversaciones, los planes y acaso la puesta a punto para pasar a los departamentos privados.

No. Urda no estaba allí.

Se confundió una vez al ver, ya en una zona del parque, a una muchacha hablando con alguien, y pidió excusas.

—¡Eh! ¿Qué le ocurre? ¿No ve que la muchacha está acompañada?

—Ya le he pedido excusas. Pensé que se trataba de otra persona.

—¿Y si hubiese sido esa persona, qué? Aquí todo el mundo elige.

Nadie puede interferirse —repuso el otro, en tono provocador.

—De acuerdo, de acuerdo. No tengo ganas de discutir.

Pero el otro sí las tenía. Estaba poseído por algo que le hacía agresivo.

—Usted debe recibir una lección.

—¿Lo dejamos ya? —sonrió forzosamente Ulmer.

Pero la chica parecía fascinada con la posibilidad de una pelea.

—¡Pégale, Fersten!

Y el llamado Fersten se aproximó, dispuesto a golpear a Ulmer, que apreció algo extraño en su mirada.

—¿Qué le pasa, amigo? —inquirió.

El otro disparó su puño derecho contra el rostro de Ulmer, que le esquivó.

Era un tipo fuerte, pero actuaba bajo una influencia extraña. Algo que no pasó inadvertido para Ulmer.

El agresor dio un traspiés, y cayó sobre el césped del parque, para levantarse

pesadamente y exclamar:

—¿Conque pretendes burlarte, eh? ¡Ahora verás!

Quiso embestir a Ulmer, que esquivó de nuevo, y el hombre cayó grotescamente sobre la muchacha que le acompañaba, a la que arrastró en su caída.

—¡Maldito! —gritó esta vez el burlado agresor, y se puso en guardia para atacar. Ulmer sólo tuvo que esquivar, y empujarle nuevamente.

—¡No peleo con gente que no está en sus cabales!

Dos hombres, a las órdenes directas de Trainer, se aproximaron.

—¿Qué ocurre aquí?

—Pregúnteselo a éste —exclamó Ulmer, dirigiéndose a su contrincante, que parecía tener dificultades en levantarse.

Luego, antes de alejarse, inquirió:

—¿Y ustedes? ¿Conocen a una muchacha llamada Urda? La estoy buscando.

Los dos hombres no replicaron, y Ulmer marchó definitivamente, para proseguir la inútil búsqueda.

Poco después, Trainer era informado por aquellos mismos hombres:

—Está buscando a Urda.

A lo que Trainer respondió:

—Me lo suponía. Bien, si no causa problemas, dejadlo, por esta vez. Pero, de lo contrario, escuchad mis instrucciones...

Entretanto...

Entretanto se estaba produciendo el acoplamiento entre la T-127 y la T-194, operación que seguían el resto de las naves, menos los alegres visitantes del planeta del Placer.

Allí reinaba el ambiente ruidoso y desenfadado de siempre. Se bebían las nuevas mezclas que Trainer había puesto al servicio de la clientela.

Se bailaba, o se inhalaba el vapor de la dicha, que sumía en la inconsciencia.

Allí no se pensaba en nada trascendente, lo importante era única y exclusivamente la diversión, la total despreocupación por los problemas de la comunidad.

Los transmisores dieron la voz de alarma:

—Acoplamiento fallido. Las naves 127 y 194 en peligro —se lanzó la llamada de socorro, que Trainer captó a través de la pantalla, con una leve sonrisa.

Los demás clientes de la nave no se enteraron de nada.

Ni siquiera Ulmer, que proseguía la búsqueda de Urda.

En un corredor, vio a una pareja tambaleándose. Hombre y mujer parecían adolecer del mismo defecto de la pareja con la que antes había tropezado.

—Esto está empeorando —musitó Ulmer para sí, y vio aproximarse a una de las compañeras de Urda.

Recordó que la muchacha, algunas veces, la había mencionado como a una de sus mejores amigas. Se llamaba Sheda.

—¡Eh! —la llamó. La joven parecía preocupada.

—¡Hola! Discúlpame, quiero ver algo...

—Sólo un momento. Estoy intentando localizar a Urda.

—¿No te ha esperado?

—No.

—Lo siento, no sé dónde puede estar. Me dijo que vendrías...

Adiós, Ulmer...

—¿Qué te ocurre?

—A mí, nada, pero aquí nadie quiere atender.

—¿Qué pasa?

—Hay dificultades en alguna nave. Pero Trainer ha cortado todos los medios de difusión para que no se den cuenta.

—¡La 127! ¡Mi nave!

—Creo que sí. Si quieres ver lo que ocurre, ven conmigo.

Por un momento, Ulmer se olvidó de Urda para seguir a su amiga. La suerte de su nave era igualmente importante. Y la muchacha le condujo hasta su hogar, que compartía con otras cuatro; pero no había nadie más, en aquellos momentos.

Sheda conectó la pantalla, donde se estaba retransmitiendo el acoplamiento.

Las dificultades de las dos naves eran obvias. Algo estaba fallando, y la T-127 perdía estabilidad en el espacio.

—Déjenos. Correremos solos el riesgo —decía el jefe de Rumbo de la 127. Y otra voz replicaba:

—No pueden dirigirse a la Tierra. Es peligroso. Ignoramos lo que ha ocurrido con las otras naves.

—Tampoco podemos permanecer en el espacio. Nos «escapamos». Correremos nuestra propia suerte.

—¡Cielos! —exclamó Ulmer—. Esto parece un complot premeditado. Alguien nos está empujando hacia una catástrofe.

—¿Qué dices? —inquirió Sheda, asustada.

Ulmer guardó silencio, atento a las maniobras imposibles de las dos naves.

—Urda también estaba preocupada. Dijo que tenía que comunicarte algo —añadió la joven.

—¿Te dijo de qué se trataba?

—No. Pero últimamente siempre andaba de un lado para otro. Una vez, creo que se dirigió a los espacios privados del mando.

Se hizo un silencio. En la pantalla, la 194 estaba haciendo tremendos esfuerzos para lograr el acoplamiento con la nave averiada.

Ulmer murmuró:

—¿Crees que han podido descubrirla? Trainer... o los que trabajan para él.

—No lo sé... ¿Qué es lo que buscaba Urda? —inquirió ella.

—Algo importante. Importante para todos. Escucha... Yo tengo que regresar a mi nave. Puedo ser útil allí. Intenta localizarla...

—No sé dónde.

—Si Trainer la ha descubierto husmeando en algo que él no quiere que se sepa...,

¿cómo crees
que ha
reaccionado?

—No lo sé. Tenemos muy poco contacto con él.

—¿Han desaparecido otras chicas, alguna vez?

—Compañeras mías, no, pero creo que... no estoy segura; oí

decir, una vez, que una muchacha había desaparecido. Pertenecía a otro módulo.

—Búscala, Sheda. Yo tengo que regresar. Si estáis en peligro, escondeos en algún lugar

donde no puedan encontrarnos. —Ulmer buscó un pequeño objeto, y se lo entregó a Sheda—. Toma, es mi detector personal. Sólo emite mi señal. Con él podéis encontrarme a mí, y yo a vosotras. Ahora, me voy...

En aquel momento, la voz de Shan Long se escuchó a través del transmisor:

—Nos vamos a la Tierra. Ignoramos lo que será de nosotros, pero es evidente que un peligro oculto se cierne sobre todas las naves. Una a una, irán bajando todas. Las que

tienen mayores probabilidades de mantenerse en órbita son aquellas que no tienen problemas de combustible. Por ello, es preciso que, por unanimidad, varíen la ley que impide la libertad de cada uno de instalarse en la nave que le convenga. Las naves mejor dotadas, que acojan a las que tengan problemas de gas. Es mi último ruego, puesto que ya no será posible que la T-127 tome parte en la reunión de emergencia que habían convocado. Adiós a todos. Deseadnos suerte. Creo que vamos a necesitarla.

Ulmer corrió a uno de los transmisores públicos, y pidió comunicación con Shan Long.

La nave aún se mantenía a flote, antes de virar irremediablemente hacia la Tierra.

—¡Shan Long! Soy Ulmer. No consigo localizar a Urda, pero voy a regresar. Quizá pueda ser útil.

—No, Ulmer —fue la respuesta del jefe de combustible—. Quizá puedas hacer más en la T-44. Si algo me ocurre, y no podemos volver a comunicar, ponte en contacto con Brawen, de la 194. Es un buen amigo, él te escuchará.

—¡Shan Long!

—Adiós, Ulmer. Te deseo suerte.

—Igualmente, Shan Long. —Y aquí la comunicación quedó cortada. La T-127 inició su periplo hacia la Tierra.

Era la tercera nave que corría en pos de una incógnita.

CAPITULO XI

Cuando Ulmer regresó al apartamento de Sheda, ésta ya no estaba. Pensó que había ido a cumplir su encargo de buscar a Urda, y él hizo lo propio, adentrándose sigilosamente hacia los dominios privados de Trainer, evitando cruzarse con nadie.

La soledad de los corredores, en el módulo destinado únicamente al mando de la zona, contrastaba con el bullicio desenfadado de las otras salas.

Sheda, por otra parte del módulo, se detuvo, al escuchar la voz de Joanna, y se escondió en un armario control de llaves de mando.

Joanna salió del despacho-estudio de Trainer. En el mismo dintel de la puerta, dijo:

—Voy a darle una dosis. Así no nos creará problemas.

—De acuerdo. Y llévala a la sala A. Hay varios clientes que piden más chicas. Pero vigílala, no quiero complicaciones. Aquí la gente viene a divertirse.

—Descuida —sonrió Joanna—. Urda no es tan resistente.

Sheda había escuchado aquellas palabras, gracias a tener la puerta entornada, que cerró al ver a Joanna, que iba a tomar el mismo corredor donde estaba el cuartito de control.

Se pegó a la pared y, sin darse cuenta, pulsó uno de los mandos, con lo que el corredor quedó a oscuras.

Joanna se volvió rápidamente hacia Trainer, que pulsó en seguida una de las lámparas piloto.

Ambos se miraron. Joanna indicó, con un ademán, la puerta del cuarto de los mandos. El propio Trainer avanzó hacia allí, llevando consigo uno de los tubos de autodefensa. Abrió la puerta de golpe y, al ver un bulto, accionó el tubo. Sheda recibió un impacto en el cuerpo, y quedó automáticamente «dormida».

Cayó, accionando con la mano el detector que se había escondido en el cuerpo.

Ulmer, en cuya zona también se había quedado a oscuras, pudo escuchar el chasquido a través de su receptor.

—¡Sheda! —exclamó para sí.

Sólo ella, con el detector personal que Ulmer le había facilitado, podía comunicarse en directo y sin interferencias con él.

El detector hizo llegar hasta sus oídos la conversación entre Trainer y Joanna.

—¿Quién es? —había preguntado el primero.

—Una compañera de Urda.

—¿Crees que sabe algo?

—No lo sé.

—Bien, llévala con ella. Y haz lo mismo. En cuanto se despierte, le inyectas el excitante.

—¿La bajo a la sala A?

—Primero quiero saber qué andaba buscando. ¡Vamos! Sácala de aquí.

Ulmer comenzó a andar. Ahora ya sabía el terreno que pisaba. El detector le servía de guía, y, además, sabía también que iba por buen camino.

Joanna, con su fuerza poco común en una muchacha de apariencia frágil, se llevó a

Sheda hasta el apartamento cárcel, donde Urda se hallaba confinada.

Tras orientarse por el laberinto de corredores de aquella zona del módulo de la nave, Ulmer alcanzó el camino que precisaba, en el momento en que Joanna procedía a desnudar a Sheda.

—¿Qué le habéis hecho a mi amiga? —gritó, en aquellos momentos, Urda.

Joanna, sin contestar, desajustó el vestido de la inconsciente Sheda, y tiró con fuerza de él. El detector cayó al suelo.

—¿Qué es esto? —murmuró Joanna, recogiénolo del suelo. Y en seguida comprendió la verdad—. ¡Un detector!

Ulmer estaba ya en la esquina del corredor. Su receptor acentuaba la señal: «Bip, bip, bip...»

—

¡Sheda!

—llamó

en voz

baja.

Joanna

sonrió, al

captar la

voz.

—¡Vaya! Conque se trata de vuestro amiguito, ¿eh?

Inmediatamente, con su receptor portátil, se puso en contacto con Trainer:

—Voy a necesitar ayuda. Ulmer se dirige hacia aquí. ¡De prisa!

Claro que Ulmer también había captado aquella llamada, y corrió hacia la puerta que

Joanna'

acababa

de

asegurar.

Su receptor indicaba el máximo: «Bip, bip, bip.» Ulmer sabía que Sheda y Urda se hallaban detrás de aquella puerta, pero no ignoraba que los sicarios de Trainer estaban ya en pos de él.

Escuchó los pasos y se metió en otro de los apartamentos, el único que encontró con la puerta abierta.

Tres hombres, provistos de «tubos», aparecieron en el corredor, y corrieron hacia la puerta de la habitación- celda.

—¡Joanna, abre! —dijo uno de ellos.

Ulmer les observaba por el resquicio de la puerta. Los tres hombres vigilaban uno y otro lado del corredor.

Joanna abrió la puerta.

—¿Le habéis visto? —preguntó.

—No.

—No puede estar lejos —repuso Joana.

—Iremos a buscarle. Triffo se quedará contigo —dijo uno.

Dos hombres salieron. Cada uno tomó un lado del corredor, y Ulmer aguardó a que desaparecieran por los extremos. Entonces salió de nuevo y se colocó frente a la puerta donde estaban las prisioneras.

Llamó con fuerza, y se escondió de nuevo en la habitación en la que había permanecido.

El individuo llamado Triffo asomó, con el tubo en la mano.

—¿Quién...? —Se extrañó al no ver a nadie. Se volvió hacia ambos lados.

—¡Cuidado, puede ser una trampa! —le advirtió Joanna.

El se volvió hacia dentro. Ulmer salió, como un rayo, de su escondrijo, y arremetió contra el guardián, que quiso utilizar el tubo, pero no lo consiguió, gracias a la rapidez con la que Ulmer había maniobrado.

Cayeron ambos hombres al suelo, y Joanna se apresuró a tomar su transmisor para pedir ayuda, pero Ulmer, puesto en pie, se lo arrebató de un manotazo, mientras, con la pierna, impedía que Triffo pudiera atacarle.

Joanna se lanzó de nuevo en pos del transmisor, cuando Ulmer conseguía hacerse con el tubo, con el que disparó a quemarropa contra el guardián, revolviéndose en seguida contra Joanna, a la que fulminó instantáneamente.

—Tenemos que damos prisa. ¿Dónde está la llave? —inquirió a Urda, mientras ésta gritaba.

—¡Oh, Ulmer! Creí que ya no volvería a verte...

—La llave...

—Ella la tiene.

—No tenemos mucho tiempo. Hay que escapar de aquí.

Y buscó en las ropas de Joanna para dar con la llave, mientras los otros dos sicarios de

Trainer regresaban ya a la habitación.

Ulmer abrió la baranda de barrotes para dejar en libertad a la muchacha.

—Nos llevaremos a Sheda. Vestíos las dos.

—La han dormido...

—Sí, seguramente te estaba buscando, y la descubrieron. ¡Vamos, date prisa!

—No podremos salir de aquí.

—Tenemos que intentarlo.

—¡Oh! Es horrible lo que está ocurriendo...

—Ya me lo contarás.

Urda colocó rápidamente las ropas más indispensables sobre el desnudo cuerpo de su amiga, y procedió a vestirse, mientras Ulmer asomó a tiempo de ver aparecer a los dos hombres que habían salido en su búsqueda.

—¡Vienen hacia aquí! —exclamó, y preparó el tubo que tenía en la mano, mientras indicaba, con un ademán, a Urda que se escondiera, junto con la otra chica, en el hueco entre dos hileras de camas-litera.

Llegaron los dos sicarios de Trainer. Ulmer abrió la puerta para que pudieran pasar sin llamar.

Entró el primero, y se encontró con el tubo en su pecho.

Lanzó un grito, que fue el último, antes de desplomarse. El otro quiso reaccionar, pero el peso del cuerpo del compañero le obstaculizó, dando tiempo a Ulmer para efectuar el segundo disparo adormecedor.

Luego, arrastró el cuerpo de los dos hombres y cargó con Sheda.

—Vamos. Tenemos que alcanzar la salida.

En el transmisor, la voz de Trainer preguntaba inútilmente:

—¿Qué noticias hay de Ulmer? ¿Le habéis localizado?

¡Atención! ¿Qué ocurre? Al no recibir respuesta, pidió inmediatamente refuerzos.

—Busquen a un hombre de la T-127 llamado Ulmer. Seguramente, trata de huir con dos de nuestras chicas.

—¡Nos están buscando! —exclamó Ulmer, al recibir la comunicación a través del receptor.

Comenzó la odisea de esquivar a los sabuesos. Cruzaron corredores. Urda iba

escogiendo los lugares que le parecían más idóneos. Era la única que podía hacerlo, por conocer bien su nave..

Los hombres de Trainer
buscaban en dos grupos.

—¡Cuidado! —exclamó Urda, asomando—.

¡Creo que me han visto! Ulmer, con su carga,
y Urda retrocedieron.

Por el lado opuesto, apareció el otro grupo. Sólo les quedaba un corredor central.

—¡No tiene
salida! —

advirtió Urda.

¡Estaban
atrapados!

Ulmer intentó encontrar la
momentánea salvación.

—

¡Ahí!

Era la sala general del control de combustible. Se metieron dentro y cerraron.

Era una sala inmensa, con las toberas debidamente empalmadas en los distintos depósitos. Grandes generadores formaban otros tantos obstáculos, donde era fácil esconderse.

Un técnico apareció en el fondo, e hizo unas comprobaciones en un pupitre. Luego, hablando con un compañero, murmuró:

—Todo en orden. La computadora lo ha comprobado. Me largo. Yo también tengo derecho a divertirme.

—Pronto iré contigo. Tengo
que hacer las mezclas.

—Vamos.

Ya las
haremos
luego.

—Bueno... Tienes razón. Aquí, todo el mundo se divierte, mientras los habitantes de la nave...

Los tres fugitivos se hallaban escondidos tras un generador.

Sheda comenzó a volver en sí y murmuró algo ininteligible.

Ulmer le tapó la boca, pero uno de
los técnicos murmuró:

—

¿Has
oído?

—Sí. Debe ser el cerebro, creo que alguien le metió un gato en la panza...

—
¿Todavía
gruñe?

—Sí, pero no se
queja —rió el otro
técnico.

—Es lo bueno de esos chismes. Si no los programas para que
se quejen, no lo hacen.

Los dos técnicos se dirigieron hacia la puerta, en cuyo umbral casi
se dan de bruces con los perseguidores del trío.

—
¡Eh!
¿Qué
buscan
aquí?

—Dos mujeres y un hombre.
Tenemos orden de Trainer.

—Aquí no hay nadie.
Esta es una sala
privada.

Cerraron la puerta, y quedaron charlando algunos minutos. Ulmer
lanzó un suspiro cuando, poco después, pegado junto a la puerta,
les oyó marcharse.

—De momento,
podemos estar
tranquilos.

Sheda había vuelto ya en sí y estaba medio atontada. Urda la
ayudaba a recuperarse.

—
Necesita
un
tónico.

—Lo sé. Buscaré algo por aquí. —Y Ulmer fue al armario de
reservas del departamento, y encontró lo que buscaba.

Regresó
para
dárselo
a Urda.

—Toma. Yo voy a echar un vistazo... Aquí no hay problemas de
gas. —Y observó los

depósitos de reservas—. Quisiera saber cuánto tienen.

Lo consultó con la computadora, que arrojó de inmediato las cifras de reserva, y Ulmer lanzó un silbido.

Al manipularla de nuevo, la computadora lanzó un gruñido, y recordó las palabras del

técnico, que había dicho: «Es lo bueno de esos chismes, si no los programas para que se quejen, no se quejan.»

Y volvió a pulsar la cifra de reservas, pero, al hacerlo, tomó una de las teclas equivocadas, y surgió el aviso: «No es correcto.»

Buscó en el buzón de las programaciones, y sacó una de las placas. El «No es correcto» quedó borrado.

—¡Cielos! —exclamó.

—¿Qué pasa? —inquirió Urda, yendo a su encuentro.

—Nada. De pronto, se me ha ocurrido que... ¡Debo ponerme en contacto con Shan Long! Quizá se trate de una tontería, pero... — Corrió hacia la puerta, y vio que el corredor estaba vacío.

—No os mováis de aquí. Echaré un vistazo —salió, cerrando la puerta cuidadosamente, y avanzó por el corredor.

Poco después, se hallaba en uno de los paseos de más tránsito.

Algunos bólidos

rodaban de un lado a otro llevando nuevos clientes. Hizo a uno la señal de que se detuviera, y se colocó delante.

—¡Eh! —protestó el conductor—. ¿Qué le pasa? ¿Por qué no deja circular?

—Préstemelo. Es un caso urgente.

—Vaya a buscar uno.

—No puedo. Es demasiado lejos y... —Miró en derredor. No quería llamar la atención, y no podía permanecer allí discutiendo—. Lo siento, amigo —dijo, y cargó su puño con toda la fuerza para golpear a su interlocutor, que cayó de espaldas totalmente fuera de combate.

Ulmer tomó el bólido y regresó con él hasta la puerta tras la cual esperaban las dos mujeres.

—¡De prisa! —las hizo subir.

—Tenemos que cruzar media nave.

—Sí. Correremos el riesgo. Es nuestra única oportunidad de salir de aquí.

—¿Y dónde iremos?

—A la T-194. Shan Long tiene un amigo allí. Hablaremos con él.

No era corriente que los bólidos circularan por los corredores privados. Por eso llamó la atención de alguien que, a su vez, informó.

Los sicarios de Trainer se pusieron en alerta, y reanudaron la

búsqueda.

Ulmer, sin embargo, era un buen conductor de toda clase de chismes, pues por su trabajo en emergencias y salvamentos, solía utilizarlos. Lo lanzó a fondo, despistando un par de veces a sus seguidores.

En una ocasión entró en un corredor, aguardó en la esquina y surgió, de pronto, originando un choque entre dos de sus perseguidores, que se habían motorizado para estar en igualdad de condiciones.

Con esta ligera ventaja, Ulmer llegó a la sala de despegues. Dos hombres le impedían el

paso, portando tubos.
Seguían órdenes de Trainer.

Ulmer se anticipó, disparando primero. Los dos hombres cayeron «dormidos».

—

¡De
prisa,
al
bólide!

—¡Cuidado! ¡Vienen los
otros! —advirtió Urda.

—¡Corred al bólide! —exclamó Ulmer, mientras él retrocedía para disparar contra los perseguidores

El conductor del bólide que estaba más próximo recibió el impacto de la bala narcótica, y perdió el control. El bólide que le seguía chocó contra él, y ambos fueron a estrellarse en una de las paredes del corredor.

Ulmer saltó sobre el bólide, y accionó la palanca para abrir la puerta.

Tenía que darse prisa en situarse en la zona de salida. Especie de antesala del espacio, cuya puerta no podía abrirse hasta que tuviera cerrada la de la nave.

Detrás llegaban, a pie, los seguidores. Ulmer tuvo el tiempo justo de cerrarles la puerta. Alguien gritó:

—

¡Se
escapan!

—

Les
perseguiremos.

Ulmer pulsó la puerta de la salida definitiva, y lanzó el bólide fuera de la nave-planeta.

—¡Nos siguen! —exclamó Urda, viendo cómo de la T-44 salían un par de bólidos a perseguirlos.

—No podrán alcanzarnos. Llegaremos antes a la 194. —Y se puso en contacto, pidiendo entrada en la nave citada.

—¿Qué les
ocurre? —

inquirió una voz.

—Lo contaré todo a Brawn.

Soy amigo de Shan Long.

—Está bien, pero esos que le siguen no parecen tener muy buenas intenciones. Han sacado los cañones de ataque.

—No creo que se atrevan. Trainer se

delataría, y no le conviene.

Efectivamente,

Trainer dio la
orden:

—Regresen. Ya han armado bastante
escándalo. Regresen. Ulmer sonrió.

Poco después, el bólido entraba en la
nave 194.

Pero la T-127, perdida toda posibilidad de regresar a la órbita, se
desplazaba a pasos agigantados hacia la Tierra. El planeta que
empezaba a ser un enigma para todos.

CAPITULO

XII

Brawen era un hombre afable, despierto, y sobre todo comprensivo, que permaneció atento a la explicación dada por Ulmer, en presencia de las dos muchachas.

Urda le habló de su último descubrimiento y, al final, Brawen creyó comprender.

—Tratan de debilitarnos. La droga fue siempre un excelente medio para conseguirlo. A menudo, mucho más eficaz que las armas y la violencia.

—Es posible que se trate de esto, Brawen, pero tenemos que unirnos. Shan Long estaba estudiando las posibles causas.

—Me habló de ello. Una venganza perpetrada por un descendiente de Cino Ciani.

—Sí, señor.

—Todo es muy confuso, pero, de momento, nos interesa unirnos. Lo que ocurre en la Tierra no está muy claro. Unidos podemos descubrirlo. Es lo que me propongo, pero fallarán algunas naves por falta de combustible. He detectado tres más que están gastando las reservas y, lo que es peor, alguna de las que tenían reservas suficientes, han empezado a notar mayor desgaste.

—De esto quería, también, hablarle, señor. Puede que sea una tontería. Yo sólo conozco las bases elementales de las computadoras. No soy un técnico, pero...

—Siga, Ulmer.

—Supongamos que alguien, adrede, programe una computadora para que «se equivoque».

—Sí.

—¿Es posible hacerlo?

—Sí. Claro, pero es fácil de comprobar.

—Por ejemplo, si se programa para que el tope de combustible sea cien, pero se introducen elementos extraños para que el cien total del programa, para la computadora, sea únicamente veinte...

—Te entiendo. Piensas que alguien pudo confundir los datos.

—Sí.

—No sería de ese modo. Al revisar los diferentes módulos, aparecería el error.

—Ya. Comprendo, pero... —Ulmer no parecía demasiado convencido; por eso, tras un silencio, murmuró—: Pero la computadora detectaba un escape de gas. Más de un ochenta por

ciento.

—Sí. Es lo que les ocurre casi a todos...

—Pero ¿por dónde puede escaparse el gas? ¿No es más lógico que responda a un programa previamente trazado?

—Por supuesto. La computadora responde la verdad programada, pero me consta que

todos los afectados por esa pérdida de gas han efectuado las oportunas verificaciones. Sin embargo..., podría ocurrir en el caso de que otra computadora, un cerebro general, pudiera influir en los programas...

—Otra computadora...

—Sí. Para explicarlo en lenguaje vulgar; Una computadora manejada a distancia, con capacidad suficiente para «equivocar» los programas.

—¡Una computadora capaz para gobernar a diez! —exclamó Ulmer.

—Justamente...

—Sólo a diez. Doscientas una sería demasiado, pero diez... Usted ha dicho que algunas de las naves que no tenían problemas han empezado a tenerlos.

—¡Cierto!

—Entonces..., no es descabellada la idea. Hay un par de naves en la Tierra, y otra que va camino de ella. Son naves inservibles ya... Por eso, otras han ocupado su puesto, en la influencia de esa gran computadora general...

—Bueno, Ulmer. Eso es sólo una hipótesis... un poco fantástica, por cierto.

—No tan fantástica, señor.

Brawen quedó pensativo, y al fin soltó:

—¿La venganza de Cino Ciani?

—Sí, señor. Es lo que estaba pensando.

—Ha ideado una computadora capaz de interferir las nuestras... ¡Sería... algo fantástico!

—Es real.

—Admitámoslo. Pero ¿dónde está esa computadora de gran poder?

—En la Tierra, Brawen. En la Tierra.

*

*

*

La llamada fue general para todas las naves-planeta:

—Rumbo masivo a la Tierra. Un peligro inminente nos acecha, y sólo unidos podemos combatirlo. Reunión de emergencia entre todos los mandos.

El mensaje se repitió varias veces, y obtuvo respuestas afirmativas de colaboración, pero surgieron los primeros problemas:

—La mayor parte de los técnicos están en la T-44. No hay quien les saque de allí.

La respuesta de otra nave fue parecida:

—Ellos no tienen problemas, dicen que no es necesario ir a la Tierra. Y siguieron lloviendo las dificultades:

—Todas las naves son independientes. Cada una puede autodeterminar su posición. No podemos obligar a la gente a que coja las armas contra un enemigo hipotético.

De nada valieron las razones ni la evidencia.

—Desconocemos la suerte que han corrido las dos naves que regresaron al planeta — insistía Ulmer, a través de los transmisores, intentando convencer a la masa de seres que poblaban las otras naves—. La T-127 llegará pronto al planeta, tan desprotegida e indefensa como las demás. ¿Es que debemos cruzarnos de brazos mientras nuestros hermanos son atacados por fuerzas desconocidas?

—No hay fuerzas desconocidas —habló esta vez Trainer—. Tenemos armas poderosas. Quien se encuentre en peligro, que las utilice. Lo que ocurre es que hay gente que desea coartar la libertad de que hemos gozado siempre. Sé, positivamente, que se acusa a este planeta de muchos males imaginarios, sólo porque aquí se proporciona el placer, el único placer que podemos encontrar en esta vida rodante, sin sentido, aburrida. Aquí, en nuestro planeta, hemos despertado los sentidos dormidos durante un centenar de años, y sacamos jugo a la vida. Por eso yo, Trainer, digo que los enemigos sólo existen en la

imaginación de algunos.

—¿También es imaginación la degradación a que son sometidos hombres y mujeres en su nave, Trainer? Urda lo ha visto. Ha visto salas enteras dedicadas a los vicios más repugnantes. Yo mismo me he dado cuenta de que algunos hombres andan como si hubiesen perdido hasta el sentido de la orientación.

—No convencerá a nadie, Ulmer. Nuestro planeta está abierto a todos. Que juzguen los que se divierten en él. Hay momentos en que en las salas ya no cabe más gente. ¿Cree que vendrían, si se sintieran degradados?

—Bueno, déjense de discusiones y vayamos a lo importante —replicó el jefe de Rumbo de otra de las naves—. Yo creo que es importante que nos unamos. Un viaje de inspección es necesario. Después de todo, nuestra misión de supervivencia era ésa: navegar hasta poder regresar a la Tierra.

Trainer terció:

—¿Para qué? Nos hemos criado y desarrollado aquí. ¿Qué importancia puede tener vivir en un mundo o en otro? Aquí estamos bien. ¿Sabemos, acaso, lo que ocurrirá allá abajo?

Fueron bastantes los que se adhirieron a las palabras de Trainer, haciéndolas suyas.

—No se trata de negarle ayuda a nadie, pero cada cual tiene sus propios problemas. No hubo entendimiento.

Aquella misma noche, tres naves anunciaron su necesidad de regresar a la Tierra por falta de combustible.

Ulmer se pasó la mano por la cabeza.

—No lo pienses más, muchacho. Es la eterna mezquindad —comentó Brawen—. El egoísmo de siempre.

—No me extraña que la Tierra acabase del modo que lo hizo. Si ahora, que somos pocos, no conseguimos ponernos de acuerdo...

—Me he puesto en contacto con Shan Long. Están llegando. Es de noche. Mal momento.

—Me gustaría estar allí. Ver, por mí mismo, lo que ocurre.

—Esperemos que Shan Long tenga más suerte, y pueda comunicar con nosotros.

—Tarde o temprano, todos tendremos que ir... Y cada vez las fuerzas individuales serán menores... En la T44 nuestros enemigos tienen su mayor aliado.

—Sí. Eso es cierto. Lo he notado en esta nave. Hombres debilitados, técnicos cada vez con mayor número de distracciones, errores que se cometen...

—Y no hay nada legislado para ponerle coto.

—Nada. Nuestros antepasados pensaron que seríamos conscientes de nuestros actos y nos produciríamos con orden. Se

equivocaron. Les hemos decepcionado.

—Quiero ir —insistió Ulmer.

—No puede ser.

—Iré con una de esas naves. Quiero ir.

—¿Para qué?

—No lo sé, pero permanecer quieto y esperar no se ha hecho para mí.

—Comprendo. Yo tampoco quiero lavarme de responsabilidades como los demás. Iremos, Ulmer. ¡Iremos a la Tierra!

La T-194 anunció su decisión de dirigirse a la Tierra.

*

* * En alguna parte, Cino

comentaba:

—Ese maldito Ulmer ha precipitado las cosas. Nos falta un poco más de tiempo.

—No, Cino. Ya está bien así. Es correcto.

—Pero si las naves empiezan a dirigirse todas a la Tierra...

—No quedarán supervivientes, Cino. No quedará nadie. — Seremos los dueños.

—Los dueños.

—Yo quiero algunas de las chicas para mí... Me quedaré en la T-44. ¿A ésa nunca le ocurrirá nada, verdad? —No, Cino.

—Es la nave elegida, maestro.

—Es la nave elegida —replicó la voz ronca, metálica y monótona del compañero de

Cino.

CAPITULO XIII

La rauda marcha de la T-194 permitió llegar al campo gravitatorio terrestre cuando la 127 se posaba en ella, y transmitía sus impresiones, que no diferían en absoluto de las de sus antecesoras:

—Hay mucha tranquilidad. Quizá demasiada. Estamos a poco más de un kilómetro de las otras naves. No se mueve nadie alrededor de ellas. Las puertas parecen cerradas.

Ulmer, autorizado por Brawen, tomó la palabra para contestar a Shan Long:

—No se muevan hasta que hayamos tomado tierra junto a ustedes. Compruebe, primero, la computadora del gas. Existen motivos para creer que tiene una poderosa interferencia.

—Así lo haremos, Ulmer.

—¡Señor! Otras tres naves regresan a la Tierra. Brawen las dispondrá de modo que podamos defendernos. No olvide permanecer encerrado. Que nadie se mueva.

—De acuerdo, Ulmer.

El joven se volvió hacia Brawen, y comentó:

—Vamos a ser bastantes, después de todo, y sea lo que sea lo que ocurra allá abajo, no nos dejaremos sorprender.

—Si al menos supiéramos con lo que vamos a luchar.

Los cohetes retropropulsores funcionaron a la perfección, y la nave, majestuosa, se dirigió a velocidad increíble hacia la Tierra, cuya esfera parecía avanzar hacia ellos.

Ulmer fijó su atención en el indicador, y murmuró:

—Parece que esto no facilita los datos adecuados. Ulmer hizo una comprobación, y replicó:

—Es correcto.

—Pero la situación que marca en el Espacio... Parece que se haya desplazado.

—Lo que tú observas no es la Tierra. Es ese otro planeta o planetóide que últimamente descubrimos cerca de ella.

—Parecen estar en la misma órbita.

—Y así es. Debe tratarse de «algo» que se desplazó hasta acogerse a la influencia del Sol, convirtiéndose en un satélite más del sistema.

—Y está deshabitado.

—Todos los informes que poseemos así lo dicen. No hay vida, de momento, aunque está pasando por un proceso de evolución.

—Si recibe la influencia del Sol, podrá ser habitable.

—Claro. No sólo la influencia del Sol, sino la combinación del oxígeno y nitrógeno necesarios... —Y cambiando de tema, añadió—: Bien... Nos estamos acercando. Ahora iniciaremos la tarea de aproximación a la nave.

Brawen pidió a Shan Long que le informara sobre las características del terreno.

—Es un llano lo suficientemente ancho como para que quepan diez naves. Se trata de una antigua región del centro de la antigua nación americana —informó Shan Long.

Los potentes reflectores de la T-194 taladraban las tinieblas de una noche absolutamente negra.

La 127 tenía puestas las luces de situación, que oscilaban marcando el monumental espacio que ocupaba.

En contraste, un kilómetro más allá y, separadas unos ochocientos metros entre sí, las otras dos naves que les habían precedido eran como siniestras formas oscuras.

Tras la siempre complicada tarea de tomar tierra, la 194 se situó a un kilómetro de la 127.

—Bien, Shan Long —dijo Ulmer—, aunque estoy tan ansioso de salir, como todos, Brawen dice que esperemos a mañana, con la luz del día. Las otras naves también estarán aquí.

Fue una noche larga, de auténtica vigilia. Todos esperaban el gran momento de pisar la superficie, de averiguar la verdad.

De cuando en cuando, se recibían noticias, intercambiadas entre las otras naves.

Al cabo de unas horas, las tres averiadas habían tomado posiciones en el llano.

Un incidente desagradable produjo cierta preocupación. En una de las naves, varios hombres sufrieron extraños ataques. Un médico facilitó el diagnóstico:

—Esos hombres han sufrido una crisis a causa de la carencia del producto que están habituados a tomar.

—¡La T-44! —exclamó Ulmer, que escuchaba la noticia reunido con Urda y su compañera.

El doctor prosiguió:

—Será difícil que se sobrepongan en estas condiciones.

En otra nave se produjo un caso similar, y también en la 194 había indicios, menos acusados, por parte de algunos hombres, que mostraban marcados casos de ansiedad.

—Si tenemos que defendernos de algo, surgirán dificultades —murmuró Ulmer cuando sonó la voz de Shan Long, para dar cuenta de algo que acababa de descubrir:

—Atención. He comprobado la posibilidad de una interferencia.

¡Existe!

—¿Está seguro? —inquirió la voz de Brawen.

—No hay duda. He confeccionado un breve programa numérico, y la computadora da una respuesta equivocada. El fallo está en los números progresivos. Lo he comprobado todo, y el programa es correcto.

—Entonces, no hay duda. ¡Se trata de esa interferencia!

—Hay que lanzar un aviso a todas las naves víctimas de esa anomalía. Se puede corregir.

—Sí, Shan Long, pero, entretanto, buscaremos el punto donde se produce la ingerencia.

Unos ruidos advirtieron de una anomalía. Luego, un grito femenino.

—¡Hija! —exclamó la voz de Shan Long.

—¿Qué es lo que está ocurriendo? —inquirió Brawen, mientras Ulmer dejaba a las muchachas para correr hacia el puesto de transmisión.

Todos los altavoces hicieron llegar la voz de Lara.

—¡Allí, padre! —exclamó la muchacha.

—¡Santo cielo! —clamó la voz de Shan Long.

Luego la interferencia acalló las voces con un zumbido, que iba *in crescendo*.

El primer plano de la imagen del jefe Shan Long, que hasta ese momento salía perfectamente nítido en las pantallas, quedó borrado. Todavía llegó algún gruñido ininteligible, y, por fin, la voz:

—

¡Nos

atacan...!

Un cúmulo de gritos infrahumanos, de alaridos indescriptibles, fue el punto final de la transmisión.

CAPITULO XIV

—¡Pronto! Los focos. Que todas las naves iluminen la 127 —gritó Brawen. Potentes chorros de luz surgieron de las otras naves.

—Concentren la luz al punto de la 127.

Pero una de las que estaban al lado opuesto de la 194 dejó de alumbrar.

—¿Qué pasa, T-84? ¡Pongan toda la luz!

—Es imposible. Fallan los conductores. Hay una avería —se disculparon los encargados. Otra de las naves vio menguada su fuerza, y el encargado se puso a gritar como un condenado:

—¿Quién demonios está manipulando en las toberas? ¡No llega la energía! Ulmer, al lado de Brawen, exclamó:

—Voy al cuarto de control.

—Es inútil, Ulmer. Esto viene de fuera —comprendió Brawen, cuando alguien le indicó:

—Hay una avería que estamos tratando de localizar.

Ulmer corrió rápidamente por el pasillo, para ayudar a los que trataban de reparar lo que en verdad era algo más que una simple avería.

Quedaba escasa luz en la superficie del planeta, y la incomunicación con la 127 era ya total.

—Esto está correcto —rugía el encargado de las luces—. No lo entiendo.

—Yo, sí... Nos están interfiriendo desde fuera.

Algunos estaban mirando a través del visor. La escasa luz del exterior permitió ver algo inconcreto rondando cerca de la nave averiada.

—¡Allí! Creo que han salido. Algo se está moviendo.

Ulmer corrió hacia el visor, y pudo ver unas formas que estaban alrededor de la nave.

—¿Qué es eso? —inquirió.

—Los de la nave..

—No. Dudo que Shan Long haya abierto las puertas... Son..., son terrícolas.

—Hermanos de nuestros antepasados... ¿Crees que son los que nos atacan?

—¡Atención, atención! La nave T-84 ha dejado de transmitir —

advirtió una voz. Entonces, de forma repentina, la luz sufrió un importante bajón, dejando la 194 casi a oscuras. Se oyeron chillidos, la confusión reinaba en todas partes, y Ulmer corrió desesperadamente hacia el apartamento donde había dejado a las dos muchachas. Buscó en su equipaje de emergencia, y las proveyó de dos tubos, con proyectiles adormecedores.

—No os mováis de aquí. Cerrad. El detector os indicará si soy yo el que llamo. No abráis a nadie.

—¿Dónde vas? —inquirió Urda.

—¡Alguien tiene que saber lo que ocurre!

Salió y, por el pasillo, tropezó con otros, que corrían sin saber dónde dirigirse.

—Que nadie pierda la calma. Las puertas de la nave permanecerán cerradas —repetían

los transmisores
interiores de la
T-194.

Ulmer entró como una exhalación en el centro emisor, donde Brawen daba instrucciones para que la gente no perdiera el control.

—No importa que las puertas estén cerradas, señor... No importa.

—Eso me temo, que ni siquiera «les importe» —murmuró Brawen, intentando secarse el sudor.

El acondicionamiento de aire fallaba. Toda la atmósfera climatizada de la nave había desaparecido.

—Voy a salir. Haga un llamamiento a todas las naves. Iremos armados. Atacaremos.

—Las baterías de la luz están agotadas, Ulmer.

—Utilizaremos baterías portátiles. ¡Haga un llamamiento!

El griterío, en la nave, proseguía. Desde el Espacio, querían saber qué estaba ocurriendo.

Un ayudante de Brawen murmuraba:

—No lo sabemos... ¿Nos escuchan?

—La voz llega lejana. Algo les está fallando. Infórmenenos...

—¡Que les informemos! —gruñó Brawen, tratando de mantener la serenidad—. Ni siquiera nosotros mismos sabemos lo que ocurre.

—¡Llame a los demás, señor!

—Sí, Ulmer. Tenemos que defendernos... Aunque no sepamos de qué...

Se lanzó un llamamiento en el interior de la nave, y se transmitió a las demás, pero sólo una emitió respuesta. Las otras dos habían enmudecido. Eran ya tres las que estaban siendo víctimas de algo fuera de todo control.

Las reservas de armamentos quedaron en disposición de ser empleadas en pocos momentos.

Ulmer se había erigido en jefe de aquella lucha contra lo desconocido.

—¡Abran las puertas! —gritó.

Los hombres salieron por la rampa para pisar la tierra de sus antepasados. ¡La Tierra! Todo era oscuro a su alrededor. Tinieblas y... en medio del silencio unos extraños susurros, bisbiseos lejanos.

—Comuníquense con los compañeros de la otra nave —dijo Ulmer. Se estableció el contacto, y alguien contestó:

—Están preparados.

—¡Las linternas! Necesitamos el máximo de luz para saber quiénes son nuestros enemigos —exclamó Ulmer.

En un segundo, potentes chorros de luz taladraron la oscuridad.

A lo lejos, un sinfín de criaturas humanas, desnudas, se desperdigaron en torno a la nave de Shan Long.

Era un auténtico hormigueo, temeroso, que huía a esconderse.

En la distancia, era imposible precisar el número y la clase de gente de que se trataba.

La visión, sin embargo, fue fugaz, porque todos desaparecieron en pocos momentos. Sólo algunos rezagados, que arrastraban algo..., algo inconcreto, en la lejanía, se quedaron unos instantes indecisos, para, al fin, abandonar lo que transportaban y salir corriendo.

—¡Alto! ¡Alto! —gritó Ulmer—. ¡Deténganse!

Los extraños seres no hicieron caso, y Ulmer fue el primero en disparar su fusil de rayos; el último invento de la Tierra, perfeccionado en cien años de vida espacial.

Aquella lluvia de rayos alcanzó a los rezagados, que cayeron entre gritos agónicos.

—¡Basta! ¡Basta! Destruiremos la nave —dijo Ulmer.

Y avanzaron todos. En realidad, no habían dejado de hacerlo. Avanzaron hacia la 127 y, a medida que se acercaban a ella, pudieron ver bultos en el suelo. Bultos que, al aproximarse, se podían identificar perfectamente como cuerpos humanos.

—¡Han desaparecido todos! —gritó alguien.

Los que avanzaban en primera posición, entre ellos Ulmer, llegaron junto a los cuerpos desnudos, de los que habían sido alcanzados por los rayos.

—¡Mira esto! Son..., son personas... como nosotros...

—Lo único es la barba... —murmuró otro, observando a un hombre muerto.

—Hombres y mujeres...

Ulmer observó los cadáveres. Eran siete u ocho, en total.

—Son de nuestra misma raza... Los descendientes de los que se quedaron —murmuró

Ulmer, mientras
alguien lanzaba un
grito.

—¿Qué ocurre? —inquirió una voz.

El que había gritado señalaba a sus pies. Estaba demudado, al borde de una crisis. Había hecho un terrible descubrimiento.

Todos se acercaron hacia allí para contemplar, con ojos asustados, un cuerpo. El cuerpo de un hombre de la nave T-127. Era un cuerpo destrozado, descuartizado... Le faltaban los brazos y parte de las piernas.

—¡Cielo santo! —exclamó Ulmer—. No es posible.

Aquel cuerpo... Lo que quedaba de lo que había sido un hombre, parecía haber sido víctima de..., de una banda de antropófagos, porque los muñones sanguinolentos de sus extremidades parecían haber sido cortados a dentelladas.

—¡Sangre! —gritó alguien.

—Regueros de sangre por todas partes...

Y otro cuerpo. Era un espectáculo imposible de resistir.

Ulmer avanzó, entre una auténtica carnicería de cuerpos mutilados a mordiscos, hombres y mujeres muertos que, previamente, habían sido apuñalados con extrañas herramientas metálicas, trozos de desperdicios férreos, piedras puntiagudas,

estacas hábilmente confeccionadas.

En un rincón de la T-127, Shan Long, al cual se hallaba abrazada su hija, yacía junto a un reguero de sangre.

—Los han... ¡Oh, no!

No habían tenido tiempo de llevárselos. Por una vez, habían dejado huellas de su voracidad.

Un foco iluminó un rincón y, a su luz, un hombre y una mujer, cubiertos de pelo y con la mirada asustada permanecían en un extremo, cubiertos de sangre.

Estaban comiendo...

Estaban terminando de satisfacer su apetito.

En el suelo, frente a ellos, sólo quedaban unos pocos huesos. Los huesos de una

persona.

Varios fusiles iban a fulminarlos.

—¡Malditos! ¡Asquero...!

—¡No! —gritó Ulmer—. Tienen que llevarnos hacia los demás.

Les empujaron. El hombre se rebeló. Quería agredir a la gente que le obligaba a retroceder, y esgrimió uno de aquellos objetos, parecido a una lanza.

—¡Cuidado! —gritó alguien.

Ulmer se lanzó contra él, y forcejearon los dos, mientras la mujer quería huir, pero los demás se lo impidieron.

Ulmer desarmó a su antagonista, con una llave perfecta, que le derribó, pero el hombre, su hermano de raza, se lanzó contra él, embistiéndole, y rodaron ambos por la nave. El terrícola gruñía, mientras desplegaba toda su fuerza descomunal.

Nadie podía ayudar a Ulmer, por miedo a herirle.

Las fuertes y callosas manos del terrícola apretaron el cuello de Ulmer, a quien comenzó a faltarle el aire.

Sólo con un tremendo esfuerzo, pudo golpear con las rodillas el vientre de su agresor, que soltó la presa.

Ulmer rodó sobre sí mismo para evitar la nueva acometida, y consiguió ponerse en pie de un salto.

Alguien paralizó entonces al terrícola, utilizando una bala narcótica. Pero en aquellos momentos, alguien advirtió:

—¡Las puertas se han cerrado! ¡Estamos atrapados en la nave!

Todos intentaron encontrar el modo de salir, pero los mandos no respondían. Ulmer recibió un mensaje de Brawen:

—Nuestras naves están averiguando de dónde procede la fuerza extraña que controla nuestras computadoras. He lanzado una llamada de urgencia... Nos estamos asfixiando.

¡Estamos encerrados en la nave!

—A nosotros nos ocurre lo mismo, señor. Parece como si el oxígeno se estuviera agotando... —Ulmer tenía dificultades para hablar, y el resto de sus compañeros acusaba, también, las deficiencias de la ventilación. Se empezaban a oír gritos, más que por la falta de aire, por la psicosis del terror a la muerte.

Entonces se escuchó la voz. Una voz grave, bien timbrada, una voz que retumbó por todo el ámbito de la nave:

—¡Estáis atrapados! Este es el fin que os espera a todos. Es vuestro castigo.

—¿Quién habla? ¿Dónde está? —gritó Ulmer.

—Habla el ser más poderoso. El vengador de la raza que vuestros antepasados pretendieron destruir... Todas las naves correrán la misma suerte. Todas volverán a la Tierra, y los privilegiados serán aniquilados.

—Cino. Eres Cino... Sé quién eres —exclamó Ulmer—. Pero, estés donde estés, no conseguirás tus propósitos.

—No podréis salir jamás de aquí... —repuso la voz—. Serviréis de alimento para los descendientes de aquellos a quienes abandonasteis... Este es vuestro sino...

La voz cesó.

La respiración, cada vez más difícil para todos, amenazaba con ahogarles.

—Por eso..., por eso pudieron vencerles —murmuró Ulmer—. Los asfixiaron... Luego, Cino abrió las puertas para que entraran esos caníbales... ¡Cielos! Es... horrible.

Cerca de Ulmer, alguien murmuró:

—Los descendientes... ¿Quiénes son? ¿Qué culpa tenemos nosotros...? ¿Por qué no nos dejan salir? No puedo más... Me falta aire. Me falta...

CAPITULO XV

Ulmer hizo un tremendo esfuerzo para incorporarse. A través del visor, vio aquel hormigueo humano corriendo hacia la nave T-194. No tardaron en rodearla.

Tomó su fusil, y avanzó casi a rastras hacia una de las salidas. Disparó, apoyado en una pared, y el rayo fundió el metal. El aire exterior comenzó a penetrar en el interior de la nave.

—
¡Respirad!

¡Reponeos!

—gritó.

Algunos se
arrastraron
hacia él.

—¡Tenemos que terminar con todos! ¡No importa que sean
nuestros hermanos! ¡Nos

comerán vivos!

¡Vamos! ¡Haced un
esfuerzo!

Tuvo que levantar a los que tenía más próximos, despertarles a cachetes, infundirles el deber de luchar, de terminar con aquella pesadilla.

Otros se levantaron por su propio pie. Todos se quejaban.

Necesitaban acumular aire en sus pulmones.

Un grito surgió de algún lugar. Un terrícola pretendía devorar a uno de los que se estaban recuperando. Era el mismo indígena que había sido paralizado por la bala narcótica. Ulmer llegó a tiempo.

—
¡Fuera!

¡Fuera!

El

hombre

gruñó.

Ulmer le

fulminó

con su

rayo.

—¡Muere! ¡Si hemos de
morir, moriremos todos...!

Alguien, con conocimientos
de Historia, murmuró:

—Dios mío. Yo era creyente... ¡Dios mío! Cien años no han
bastado para que sigamos
destruyéndonos unos a los otros... Esto es obra de Satán... Le
veneraban... Le veneraban, querían entronizarlo... Esta es su obra.

Ulmer

se

aproximó.

—¿De qué
demonios estás
hablando?

—

Satán...

El

demonio...

—Satán... Cino... Le destruiremos. ¡Vamos! Hay que salir de aquí.
Ahora, todos nos encontramos mejor.

La voz de

ataque

provino de la

194:

—

¡Auxilio!

¡Nos

atacan!

—¡Vamos a
destruirles! —

gritó Ulmer.

A los que se encontraban ya en perfectas condiciones se unieron,
renqueantes, los más débiles o los más miedosos. La puerta fue
totalmente fulminada por los rayos, y las linternas volvieron a
inundar la superficie para ir a salvar a los de la T-194.

—Que alguien vigile a la mujer terrícola. Ella nos conducirá al
escondrijo que poseen.

La lluvia de rayos cayó sobre los
carnívoros hombres del planeta.

La lucha implacable y demoledora sólo podía estar de parte de los
que poseían las armas más mortíferas.

Los supervivientes del Espacio eran los más fuertes, y luchaban por su supervivencia, aniquilando a sus semejantes.

Desamparados, aquel ejército de nómadas, desnudos y hambrientos, pretendían huir, cuando no caían fulminados por los rayos.

Era una auténtica carnicería, y el aire se contagió del hedor de carne chamuscada por efecto de los rayos, y el silbido de los rayos fue coreado por los gritos agónicos de los que caían abrasados, y de las mujeres y de los niños, ateridos ante una situación indescriptible.

Era una lucha apocalíptica, contra unas fuerzas indefensas, dirigidas por un cerebro oculto.

Después, todo quedó reducido al silencio.

Una inmensa alfombra de cadáveres quedó esparcida por la superficie.

Todos los supervivientes de las naves se hallaban en el exterior, pero el silencio era tanto como si no hubiese nadie.

*

*

*

Los terrícolas habían huido. Sólo quedaba la mujer, que les llevó al escondrijo.

Estaba allí, entre las piedras, en el subsuelo. Había docenas de entradas en los cráteres del árido terreno, erosionado por años y años de carencia de atmósfera vivificadora.

Ahora, todo estaba vacío.

Entre el hedor de los excrementos humanos, avanzaron los hombres nacidos en el Espacio para descubrir, con horror, la despensa donde, en los últimos días, habían podido almacenar víveres.

¡Viveres humanos!

Cuerpos mutilados, seccionados, se amontonaban, en espera de ser devorados.

No. No es posible describir un espectáculo como el que contemplaron los supervivientes de las naves. Ninguno de ellos podía articular palabra.

Luego... al salir y volver a respirar el aire grato de la superficie, cuando amanecía ya, Ulmer comentó:

—Todos han huido. Nosotros nos quedaremos aquí, hasta que vuelvan todos. Los de las otras naves.

—No volverán —murmuró alguien.

—Todos tienen que volver. Alguien habló de Satán. Para mí, sólo

tiene un nombre: Cino. Una venganza imposible, que a punto ha estado de consumarse. Pero, todos unidos, venceremos.

—¿Y esa mujer? —preguntó Urda, que se había aproximado con los demás, y ahora se hallaba junto a Ulmer, observando a su hermana de raza, cuyo cabello le cubría las caderas.

—Será la primera en aprender a vivir como nosotros. Hemos de empezar de nuevo.

—¡Pero Satán nos acecha! —exclamó alguien.

—Siempre nos acechará... Combatirle puede ser nuestra razón de vivir, de permanecer alerta, de protegernos... y de obrar de acuerdo con nuestra conciencia.

—No. No podemos quedarnos aquí... Allá arriba no teníamos problemas.

—Claro que los teníamos. Por esto ahora estamos aquí... Acordaos de la T44.

—Yo quiero volver.

—Y yo...

Ulmer se alejó junto a Urda. Brawn se acercó a ellos.

—Empezarán otra vez los conflictos —dijo—. O es que..., que tal vez nunca han dejado de producirse.

—Tal vez...

—Vivíamos bien, pero alguien se empeñó en estropearlo todo.

—Nuestra misión era regresar, señor.

—Sí. Ya estamos aquí, pero ¿y los otros? Los terrícolas. Porque ahora son ellos los auténticos dueños del planeta.

—Se morirán por falta de alimentos..., o tal vez evolucionarán. Es como si empezara una nueva vida —murmuró Ulmer,

Una vida llena de incógnitas..., aun a pesar de los años..., a pesar de un período de transición...

Una a una, las naves fueron descendiendo. Unas por voluntad propia, otras por falta de medios.

Otras, las que querían seguir rodando por el espacio, y quisieron mantenerse tercamente, terminaron flotando sin rumbo.

Uno de los jefes informó:

—Cuarenta naves se han perdido, con su gente. Incluidas las primeras que fueron víctimas de los terrícolas. Sólo queda en el espacio la T-44. Lleva más gente de la que puede sostener. Cuando se les termine el combustible, correrán la misma suerte. Quizá éste sea su castigo. El nuestro ya lo tenemos. Nos ha tocado reconstruir el planeta de nuestros antepasados. Aunque esto, bien mirado, puede ser un honor. Y una responsabilidad, porque tenemos el deber de construir algo mejor para nuestros descendientes. No digo perfecto porque ya hemos visto que la perfección no existe...

—¿Y Satán? —preguntó alguien.

La fuerza oculta, la causante de todas las calamidades, ya se la denominaba comúnmente Satán.

Pero nadie pudo contestar a la pregunta.

E P I L O G O

—Hemos fracasado. Hemos fracasado —rugió de indignación Cino, mirando al maestro.

—No. No hemos fracasado. Sólo tenemos que esperar una mejor ocasión —respondió la voz.

—¡Esa era la ocasión! ¡Podíamos exterminarlos a todos! El maestro sonrió.

El maestro era un objeto alto, cuadrado, sin brazos, ni piernas, con una especie de cabeza igualmente cuadrada, llena de toberas y cables y con un cuerpo repleto de botones y palancas. Tenía un solo ojo luminoso, que oscilaba, mostrando todos los colores del Iris.

El maestro siguió sonriendo.

—¡No eres perfecto! ¡No eres perfecto! —rugió Cino, y comenzó a manipular.

—¡No hagas esto! ¡Me destruyes, y te destruyes a ti mismo! —exclamó el monstruo metálico.

Luego los pequeños poros de su cuerpo comenzaron a expeler chispas multicolores, su cabeza cuadrada, metálica, se convirtió en un pequeño volcán por el que surgía abundante humareda, y el olor a quemado se hizo asfixiante en el interior de la choza de piedra, colocada en una superficie árida y calcinada.

—¡Corrige las posiciones, Gino! ¡Corrige las posiciones!

—gritaba el monstruo. Cino salió corriendo.

—No eres perfecto. No lo eres. —Y fue en pos del bólido que tenía sobre la superficie, un bólido en forma de plato ovalado.

Quiso elevarlo, pero algo falló. Entonces, a través del receptor, escuchó las últimas palabras del maestro:

—Estás perdido. Sin mi energía, no podrás... m-o-v-e-r-t-e...

—¡Es verdad! La fuerza para el despegue.

Cino salió de su bólido y entonces vio que varias sombras se cernían, amenazadoras, sobre la superficie. Miró al cielo, y vio las naves... Gigantescas naves que, sin rumbo ni control, avanzaban,

veloces, hacia él.

Las naves que habían perdido el rumbo. Veinte o más naves que,
de un momento a
otro,
chocarían
contra el
planeta.

—¡Noooo! —gritó Cino.

Estaban ya sobre su cabeza. El enorme peso incontrolado, en la
caída, aumentaba su velocidad.

—¡Noooo! —volvió a gritar.

Cayeron. Chocaron, estallaron. Cino fue aplastado por aquellas
montañas de técnica, que convulsionaron al planeta.

El estallido fue indescriptible.

En la Tierra, el encargado del registro sismográfico, detectó la
explosión, y pasó el comunicado.

—Ha sido ese planeta cercano al nuestro... ¡Ha estallado!

Nadie supo jamás el nombre de aquel habitáculo, llegado de otra galaxia. Nadie supo que Satán había perdido una batalla, pero quizá fuese mejor así, porque el temor podía resultar eficaz para aquel puñado de hombres que habían empezado a reconstruir la Tierra.

*

*

*

Ha pasado algún tiempo. Se ha recibido una llamada de socorro de la T-44.

El placer sigue en su interior. Las hierbas para las inhalaciones han aumentado, pero Trainer tiene un problema. Ya no puede sostenerse en el espacio. Y Cino no ha vuelto jamás. No recibe ayuda de nadie.

La gente se embriaga. Nadie se da cuenta de su estado real. Son esqueletos auténticos, que todavía piensan en el placer. Algunos han muerto ya, o son sólo piltrafas.

Trainer lanza su última llamada de socorro. Luego, su voz se pierde. Se pierde. Se pierde para... siempre.

Más adelante, alguien hace un descubrimiento; ha encontrado un pedazo de lámina desperdigada. Se investiga su procedencia. Una fotografía revela parte de una insignia, que se reconstruye.

Ulmer comenta con su compañera:

—Ha sido encontrada tu antigua nave. La T-44. Es el fin de un siglo en el Espacio.

F

I

N

la conquista del **ESPACIO**

Una
ventana
abierta al futuro
gracias al talento
de unos autores
de excepcio-
nal calidad

LA MEJOR COLECCION POPULAR DE
"CIENCIA-FICCION"

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.